# LA CARACOLA AZUL

## COMEDIA EN DOS ACTOS

(DIVIDIDOS EN DOS Y TRES CUADROS)

ORIGINAL DE *JOSÉ LUIS TEIXIDOR SERRANO*

*(MAHÓN, JULIO DE 1964)*

LOS PERSONAJES, LUGARES, HECHOS Y DIÁLOGO

SON FRUTO DE MI IMAGINACIÓN: EL AUTOR.

(ESTA OBRA SE TERMINÓ DE ESCRIBIR EN MARZO DE 1995)

# *LA CARACOLA AZUL*

LA ACCIÓN TRANSCURRE EN CUALQUIER CIUDAD DE ESPAÑA. ENTRE FEBRERO DE 1990 Y EL MISMO MES DEL 91

## *reparto*

(Por orden de intervención)

Susana.....26 años
Sandra.....24 años
PADRE ROBERTO.....50 años
Tristán.....16 años
Boreo.....26 años
Técnico de T.V.....x
Inspector Ridruejo.....45 años
Agente uno.....x
Agente dos.....x
Mirena.....35 años
Laura.....25 años

Decorado: Será el mismo toda la obra.

Decorado siempre visto desde el público con respecto al escenario: Cuando se levanta el telón, aparece un pequeño salón de un piso. En el ángulo izquierdo hay una puerta (puerta número uno) que es la de entrada al salón (podrá tener cristales o ser toda de madera). Detrás de esta puerta, se ve una parte del vestíbulo donde hay un taquillón con un jarrón lleno de flores, un teléfono y un espejo en la parte superior central. En el vestíbulo, también se supone que hay un portero automático; porque se tiene que escuchar su timbre aunque no salga en el decorado (dicha puerta permanecerá siempre abierta).

En el salón hay dos sofás, formando en el centro del escenario un ángulo recto. Uno está de cara al público (sofá uno) y el otro perpendicular al público; es decir, mirando hacia la televisión (sofá dos). En el centro del sofá uno, hay una mesa de cristal con un par de ceniceros y un revistero a su lado derecho.

En la parte izquierda del salón se encuentra apoyado contra la pared un mueble con estanterías, las superiores están llenas de libros, en las centrales, están la televisión un video y un equipo de música.
En su parte inferior hay varios cajones.

Detrás del sofá uno y apoyado, en el centro de la pared, hay un mueble bar. En su lado inferior izquierdo, se encuentra una peana de mármol con una figura; y en el derecho, otro con un macetero. En la parte superior de la figura, hay un cuadro en el que aparece pintado un caballo. La parte superior del macetero está ocupada por un reloj de pared.

En la parte derecha del escenario y en su centro, hay una puerta cerrada (número dos) que da al pasillo, donde, supuestamente, se encuentran el resto de dependencias del piso. A su izquierda, otra peana de mármol con su macetero. Encima de éste, hay un cuadro donde se ven unas barcas a la orilla del mar. A la derecha, uno en el que hay dibujados varios rombos.

Luces:

Hay dos lámparas de pared. Una a la izquierda de las estanterías, y otra a la derecha de la puerta número dos, entre ésta y el cuadro de los rombos. Estas dos lámparas de pared, deben permanecer durante toda la obra encendidas. Pero, como su luz no será suficiente, también permanecerán encendidos los focos del escenario: ya que, mientras dure la representación, tiene que haber mucha luz en el mismo.

# Acto primero. Cuadro primero

(Se levanta el telón. Susana se encuentra de pie, delante del equipo de música, con los auriculares puestos mientras se los sujeta con ambas manos. Al cabo de unos segundos y, sin que ésta se aperciba, entra Sandra precipitadamente: se dirige hacia su hermana [que en estos momentos está de cara al público, moviendo la cabeza de un lado a otro] y le da un toquecito en la espalda. Susana se gira y se quita los auriculares. Los cuales sujeta con la mano izquierda.)

USANA.-(Un poco sobresaltada.) ¿Pero qué haces? ¡Vaya susto que me has dado! ¿Es qué no sabes que podrías haberme provocado un ataque cardíaco?

(Se lleva la mano derecha al corazón. Suspira y pone con la otra los auriculares sobre el equipo de música, apagando éste)

ANDRA.- Perdona, Susana. Pero es que hoy llevo un día de perros: he perdido las llaves del coche y se lo quería llevar la grúa, con multa incluida porque decían que obstruía la circulación. Luego, para colmo, justo cuando estaba abriendo la puerta de abajo han atropellado un niño en el paso de peatones de la esquina. Gracias a Dios, al parecer sólo le han dado un pequeño golpe aquí, (se lleva la mano a la cadera) en la cadera.

USANA.- ¡Menos mal! Lo sabía tenía que pasar, si es que hay algunos que se pasan el semáforo en rojo.

ANDRA.- Mira quien habla. ¿Y tú qué? te he visto hacerlo varias veces.

USANA.- Sí, pero yo sólo lo hago algunas noches que llego trompa, y además, a esas horas, por esta calle no se ve ni un gato.

ANDRA.- Tú juega y ya verás: cuando menos te lo esperes, se te cruzará alguien por delante y... ¡PLAF!

(Mientras dice PLAF, da una palmada.)

USANA.- ¡Jo! (Agita el brazo derecho mientras lo dice.) Mira que eres paliza, ¡eh! Pareces un guardia municipal.

(Mientras, Sandra se descuelga el bolso y lo deja sobre el sofá uno. Luego, se quita la gabardina y el sombrero poniéndolos en su respaldo. Se gira. Mira el reloj de la pared.)

SANDRA.- ¡Horror! Que tarde se me ha hecho. Son las siete menos diez y a las siete tiene que venir el Padre Roberto. Y está todo patas arriba: en la cocina, los platos sin fregar en las habitaciones, las camas sin hacer.

(Mientras, Susana coge una revista del revistero. Se sienta en el sofá dos y empieza a ojearla.)

SUSANA.- Bueno, bueno ¿y qué? Vamos, Sandra ¿es que le tienes que enseñar todo el piso al Padre Roberto? Ni que se lo fuéramos a vender. Tú no se lo enseñes, y verás como se queda en el salón. A él, qué le importa cómo vivimos. Ya somos mayorcitas. ¿No? Además, ¿para qué viene? Seguro que a soltarnos unos de esos sermones, referentes a moral y ética. ¡Menudo rollazo!.

SANDRA.- (Con las dos manos en el respaldo del sofá le replica un poco enfadada.) ¡Cállate! No tienes derecho a hablar así del Padre Roberto. ¿O es qué no te acuerdas cuando éramos pequeñas? Él nos lo dio todo: a papá le buscó trabajo en aquella fábrica de harina, cuando, donde trabajaba antes, le habían despedido por cierre de la empresa sin tener derecho al paro; porque en aquella época no existía. ¿Crees que hubieras encontrado en la merienda crema de cacao tantas veces como pedías? Me parece que muchas veces te hubieras encontrado el pan vacío.

( En estos momentos, Sandra recoge las prendas del sofá uno.)

SUSANA.-(Asiente con la cabeza y deja la revista.) Es verdad, es verdad. Tienes razón. Lo reconozco, nos ha ayudado mucho. Sé que a veces, también llegó a pagar de su propio bolsillo nuestros libros de colegio. Pero es que yo, entonces, no comprendía todo aquello, y cuando lo veía por casa pensaba <<¡Oh, no! Seguro que, el domingo, papá y mamá querrán que vaya a misa.>> Con lo poco que me gustaba. Por eso, cuando lo veo, me parece que es por su culpa el que me dieran algún que otro toque en el trasero, (se da un toque en el trasero.) y todavía le tengo algo así comoooooo... ¿Injustificada tirria? (pregunta en tono dudoso.)

Aún sigues sin contestar a mi pregunta, Sandra.

SANDRA.- Ni lo voy a hacer. Es un asunto muy importante. Te ruego que, cuando venga, nos dejes a solas.

SUSANA.- (Se levanta y pone las manos en posición de súplica.) Al menos dame una pista. Me tienes en ascuas.

SANDRA.- Cuando se haya ido, te lo explicaré todo.

SUSANA.- ¿Es algo relacionado con toda la familia o solamente contigo?

SANDRA.- Supongo que las dos cosas.

(Después de estas palabras, suena el portero automático.)

SUSANA.- Debe ser él.

SANDRA.- (Coge el sombrero, el bolso y la gabardina.) Toma mis cosas. Llévalas a la habitación. Yo le abriré la puerta. (Mira su reloj de pulsera y exclama:) ¡Vaya, es más puntual que un reloj suizo!

SUSANA.-Descuida. Me quedaré encerradita en la habitación hasta que se marche.

(Susana coge las cosas de las manos de Sandra

y se va hacia la puerta dos. Entra en ella, desapareciendo del escenario. Sandra entra en el vestíbulo, pero no sale en escena.)

SANDRA.- (Se escucha su voz.) Si, soy yo. Suba, le espero en la puerta. (Al cabo de unos segundos, aparece Sandra en escena y, detrás de ella, el Padre Roberto.) Pase, pase. Considérese en su casa. Siéntese. (Sandra le indica el sofá uno. El Padre Roberto se sienta.) ¿Quiere tomar algo?

P. ROBERTO.- Pues sí. ¿Tienes crema irlandesa?

SANDRA.- Irlandesa de la de verdad.

(Sandra se dirige al mueble bar.)

P. ROBERTO.- Pronto sabré si mientes o no.

(Mientras, Sandra vierte en un vaso la crema irlandesa.)

SANDRA.- ¿ La quiere con hielo o sin hielo?

P. ROBERTO.- Mejor sin, rebajada pierde sabor. (Sandra le da al Padre Roberto el vaso y pone un posavasos sobre la mesa. Luego, se sienta en el sofá dos. El Padre Roberto se bebe de un trago la mitad del vaso; manteniéndolo en la mano derecha.) Es más irlandesa que Dublín. (Ambos se ríen. Ahora ya sin reírse.) Sandra, ¿estás convencida realmente de lo que quieres hacer? ¿No será una equívoca ilusión juvenil irrealizada que sigues manteniendo? (Sandra no hace ningún movimiento. Sólo, mira y escucha con suma atención.) Piénsatelo. Allí no se va de vacaciones. (Después de esas palabras se termina la bebida y pone el vaso sobre el posavasos.) No hay que dejarse llevar por la imaginación, ni el espíritu aventurero.

SANDRA.- (Afirma con la cabeza.) Lo sé, padre, lo sé. Soy consciente de haber tomado esta decisión. Estoy convencida de no arrepentirme de ella cuando esté allí.

P. ROBERTO.- Ayer mismo, estuve en casa del señor Obispo, tomando el café, y le hice llegar tu petición. Al principio,

no se mostraba muy convencido. Dijo que, aunque, como siempre, faltaban más personas como tú, que estuvieran dispuestas a sacrificar su bienestar por los demás, no podía saltarse uno de los apartados, que figura en las normas que deben cumplirse en la hermandad, el cual indica que: si uno de sus miembros quiere convertirse en misionero, deberá llevar dos años como mínimo perteneciendo a ella. Yo le convencí para que aceptara la posibilidad de quebrantar esa norma. Y así lo hizo. Así que ya lo sabes, Sandra, dentro de muy poco, serás una nueva misionera de nuestra hermandad.

(El Padre Roberto entrecruza los dedos de las manos.)

SANDRA.- (Con entusiasmo.) ¡Gracias! ¡Gracias! Pero, dígame, ¿cómo lo convenció?

P. ROBERTO.- Simplemente le dije la verdad.

SANDRA.- ¿Qué verdad?

P. ROBERTO.- Que no importaba el que llevaras un año escaso entre nosotros, pues podíamos confiar plenamente en ti: Le dije que te conocía desde que naciste. Que sabía de tu comportamiento ejemplar por donde habías estado y que había adivinado, por el brillo de tus ojos, que un intenso escalofrío te producía aquellas espeluznantes imágenes, donde aparecían cientos de niños, mujeres y hombres convertidos en cadáveres vivientes. Imágenes proyectadas en nuestro local, adonde le dije que acudes habitualmente, ofreciéndote voluntaria para ayudar en todas las acciones caritativas.

SANDRA.- Ahora comprendo la actitud un tanto reticente del señor Obispo. Yo misma hubiese actuado de tal forma. La desagradable experiencia que significó lo de aquel misionero que parecía un Santo, y robó los medicamentos destinados al pueblo Masai, secuestrando la avioneta que los transportaba, para hacer el negocio vendiéndolos en Nairobi. Creo que estos hechos son la razón por la cual tiene que asegurarse de si hay alguien que pretenda fines

lucrativos personales, dentro de la hermandad.

P. ROBERTO.- Olvidémonos de ése desalmado personaje. Esta mañana, he ido a casa de tus padres. Así que no te preocupes, Ya lo saben todo.

SANDRA.- Seguro que la idea les desagrada bastante. Menos mal que lo ha contado usted. Me ha quitado un gran peso de encima: estuve todo el fin de semana pensando día y noche la manera de decírselo.

P. ROBERTO.- Pues han reaccionado de una forma muy normal. Sobre todo tu padre. Lo cual, conociéndole tan bien, me sorprende. Él, que siempre dice que, cuando sale de aquí, de su tierra, se encuentra extraño, intranquilo... Incluso parecía que le daban ganas de acompañarte.

SANDRA.- Es que mi padre es un poco miedica desde que era pequeño: Una vez me contó que, cuando jugaba al escondite, se dejaba ver porque tenía miedo de que no lo encontrasen y se perdiera, solo, en la oscuridad.

P. ROBERTO.- (Se ríe.) ¿De mí. te contó algo, Sandra?

SANDRA.- (También se ríe.) Me dijo que era usted el único de la pandilla que hacía trampas.

P. ROBERTO.- (Sorprendido.) Trampas, ¿qué clase de trampas?

SANDRA.- Contaba usted los segundos en voz baja y con los ojos abiertos.

P .ROBERTO.- Buena memoria la de tu padre.

SANDRA.- Dejemos ya el pasado y dígame, ¿se sabe ya la fecha de mi incorporación a la misión?

P. ROBERTO.- Si, el día quince de febrero tienes que estar allí. Debes reemplazar a uno de nuestros compañeros que ha pedido trasladarse a Africa: a Kenia concretamente.

SANDRA.- (Mostrándose fascinada.) ¡Kenia, Kenia! ¡Maravillosas puestas de sol! El sol, cuando se pone en Kenia, parece

como si estuviera tragándose la Tierra.

P. ROBERTO.- Por eso se pone tan rojo: se atraganta con ella. Bromas a parte. ¿Tanto te gusta Kenia? Dicen que es uno de los lugares más bellos de Africa. Pero no hay que guiarse por las películas o por las fotografías: en ellas, todo se ve de un color mucho más vivo, fuerte e intenso. Pues, en realidad, el lugar más bello es como la vida misma: tiene varias tonalidades de colores brillantes, y otras de colores oscuros. Es en el cielo, donde está el único pincel capaz de crear un paisaje perfecto.

SANDRA.- (Conmovida por las palabras que ha escuchado.) Quizá, en Sudamérica, yo pueda contribuir un poquito a intentar que predominen los colores brillantes

P. ROBERTO.- ¿Por qué elegiste Sudamérica en vez de Africa?

SANDRA.- Prefiero Sudamérica. Sobre todo por el idioma. Las autoridades de los países africanos recomiendan: que los misioneros tengan nociones del idioma perteneciente a las tribus del país donde se encuentran. Pues, aunque pocas, hay algunas que pueden ser peligrosas.

P. ROBERTO.- Como te decía: el día quince de febrero tienes que estar allí, en el campamento que la hermandad tiene instalado en Gualatenechu. Saldrás desde aquí en avión el día antes. Después de catorce horas de vuelo, llegarás a Kimbalache, donde te esperará Sor Mirena. Dormirás en su casa. Y, a la mañana siguiente, te conducirá al campamento. (El Padre Roberto se levanta, saca una fotografía del bolsillo y se la da a Sandra. Es Sor Mirena)

SANDRA.- (Se mira la foto y, luego, al padre Roberto.) Es muy guapa.¿Cuántos años tiene?

P. ROBERTO.- (Que permanece de pie.) Treinta y tantos. Bien, Sandra, se me ha hecho tarde. Tengo que prepararle la cena al sacristán. El pobre hombre se encuentra en la cama con gripe.

El jueves por la tarde, cuando vengas a la hermandad, recoges el billete de avión y todos los documentos

necesarios. (En estos momentos, se levanta Sandra.) Como tú sabes, yo, mañana, me voy de acompañante del señor Obispo en visita pastoral a Roma. Así que sólo me queda desearte que tengas un buen viaje y mucha suerte.

(Sandra se acerca a él y se estrechan la mano.)

SANDRA.- Adiós, Padre Roberto. Y muchas gracias por todo.

P. ROBERTO.- De nada hija. (Después, el Padre Roberto le da la espalda; se va hacia la puerta del vestíbulo y, una vez allí, se gira hacia Sandra que seguía mirándolo.) ¡Ah! Se me olvidaba: Aunque yo les iré dando las noticias tuyas que nos lleguen escribe a tus padres, ellos querrán leer tus cartas.

SANDRA.- Descuide, Padre. Escribiré. Nuestras pequeñas desavenencias ya están superadas.

P. ROBERTO.- Me alegro de ello. ¡Ah!, cuando veas a Susana, salúdala de mi parte y dile (sonríe): que no escuche detrás de las puertas.

(Se vuelve a girar y desaparece de escena. Sandra se sienta otra vez donde estaba.)

SANDRA.- (Sin gritar.) ¡Susana, ya puedes entrar! El padre Roberto se ha marchado.

(Entra Susana en escena. Lleva un porro en la mano. Se para delante de su hermana.)

SUSANA.-¿Quieres uno? Es un porro. En mi cuarto tengo más. ¡Ay! Se me olvidaba: tú sólo fumas rubio.

SANDRA.- Vaya porquería que te tragas.¡Además apestan! (Se aprieta la nariz durante unos segundos.) Con razón en la última radiografía de tus bronquios éstos parecían túneles del metro. Dame fuego.

(Se levanta y va hasta la estantería. Coge un cigarrillo de la cajetilla que hay junto a los

libros. Mientras, Susana saca el encendedor del bolsillo de su pantalón y enciende el porro. Luego le pasa el encendedor a su hermana. Ambas se sientan en le sofá uno)

SUSANA.- Fuego y humo. (Arroja una bocanada de humo sobre el rostro de Sandra.) ¡Toma! Esto para que empieces a acostumbrarte.

SANDRA.- (Imitándola) ¡Toma! Acostúmbrate tú a éste.

(Las dos tosen unos segundos mientras hacen aspavientos. Luego, se ríen. Sandra coge un cenicero y se sienta en el sofá dos.)

SUSANA.- Pues esta porquería es la que más abunda allí: donde tú vas a pasar un tiempo.

SANDRA.- Procuraré taparme la nariz. Te has enterado de todo, ¿eh? ¡Cotilla! ¡Eres una cotilla!

(Sandra da una calada al cigarro y lo apaga en el cenicero, el cual deja sobre la mesa.)

SUSANA.- ¿Por qué me llamas cotilla? De cualquier manera, me lo tenías que contar. Encima que te ahorro este trabajo. ¿Cómo no me lo dijiste antes? Sólo faltan dos semanas para que te marches.

SANDRA.- Pensaba hacerlo. Pero prefería estar bien segura. Además, faltaba el beneplácito del señor Obispo. Ahora ya lo tengo.

SUSANA.- He oído al Padre Roberto como decía lo de papá y mamá ¿Contaste con su opinión, antes de tomar esta decisión?

SANDRA.- Les insinué algo sobre el tema hace un par de meses. A los dos, por una parte, les gustaba la idea, Decían que la solidaridad con los demás, sean de donde sean, es un sentimiento muy bonito. Y pensaban como yo: que ésta no alcanza el sentido pleno de su significado por el mero

hecho de colaborar con donativos. Mamá me dijo: <<Sé que tiene que haber alguien dispuesto a dar el callo a cambio de nada. Pero espero que no seas tú, Sandra.>> ( Deja de fumar y apaga su porro)

SUSANA.- Claro mamá ha visto tantas veces la película <<Las Minas del rey Salomón>> que ya te imaginaba dando gritos en una olla gigante, (forma con los brazos un círculo grande) a punto de ser guisada por los caníbales. En cuanto a papá, se cree que a todos los misioneros los capturan los Jíbaros y les reducen la cabeza.

(Susana se aprieta los parietales mientras cierra los ojos.)

SANDRA.- ¡Calla! Me horrorizas.

SUSANA.- Ellos lo consideran un trabajo.

SANDRA.- Hablando de trabajo. (Suspira.) Lo que me espera mañana. Ya veo la cara del director, cuando tajantemente le diga: Señor Ojeda, el viernes termino. Estoy harta de este colegio privado. Siempre se equivoca la maestra y se la pone entre la espada y la pared, cuando regaña al niño zoquete y mimado del papá rico. Adiós, señor Ojeda. Seré más feliz ejerciendo la docencia bajo el techo de una cabaña.

SUSANA.- Bien hecho. Yo también empiezo a estar bastante harta de ese viejo carcamal de notario. Cada vez que me dicta, en los puntos y a parte, aprovecha la pausa para invitarme a cenar. Supongo que para hacerme proposiciones deshonestas: ¡Viejo verde!

SANDRA.- A lo mejor se conforma con que le pongas la servilleta como babero. Yo de ti saldría una noche con él, no olvides que está casado, y podrías hacerle chantaje para que te suba el sueldo.

SUSANA.- Eso es lo que tendría que hacer este tacaño. Total, el sueldo mío de un mes, a él, sólo le representa poner su firma tres veces. Pero volvamos al tema. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

SANDRA.- En principio, mi compromiso es por un año. Pero, si me encuentro a gusto, puede que sean dos. De todos modos dentro de un año, volveré a España para quedarme un mes de vacaciones.

SUSANA.- ¿Y si las cosas no salen como tú esperas? Tendrás que romper tu compromiso. Acuérdate de que, al marcharte, pierdes tu empleo.

SANDRA.- Lo primero no sucederá. Lo segundo no me preocupa. Sé que habiendo superado las oposiciones, encontraré trabajo. Aunque sea uno eventual. En cuanto a ti, ¿podrás pagar tú sola el alquiler del piso?

SUSANA.- De momento sí, Pero cuando se me acaben los escasos ahorros, que tengo en la cuenta corriente del banco, tendré que buscarme la vida como sea. De ningún modo quiero pedirle dinero a los viejos.

SANDRA.- Tampoco te apures. Pones un anuncio en el periódico y ya está. En una ciudad donde residen tantos estudiantes como en ésta, seguro que, en un par de días, tienes resuelto el problema.

SUSANA.- Sí claro, es verdad, No había caído.

SANDRA.- Voy a preparar la cena.

(Sandra se levanta del sofá, Susana la imita.)

SUSANA.- Yo te ayudo.

SANDRA.- Hoy me toca a mí.

SUSANA.- Es igual. Así me enseñas como te las apañas para que te salga ese lenguado Menier tan exquisito.

(Ambas entran por la puerta dos y desaparecen de escena. Se baja el telón.)

# Fin del primer cuadro.

# Acto primero. Cuadro segundo.

(Han pasado tres meses desde la marcha de Sandra. Se levanta el telón. Susana está de pie, quitando con un trapo el polvo de las estanterías. Suena el teléfono. Deja el trapo sobre el televisor y contesta la llamada.)

SUSANA.- ¿Diga? ¡Ah! Eres tú. Mira que eres vago siempre estás igual. Llamas para saber si hay alguien, porque temes bajar veinte escalones para nada. (Unos momentos después.) Sí, sí. Vale, baja. No hace falta que llames, la puerta está abierta.

(Cuelga el teléfono y continúa con lo que estaba haciendo. Al cabo de unos segundos, entra Tristán gritando y levantando el brazo derecho, en cuya mano lleva un papel.)

TRISTÁN.- ¡Hey! ¡Hey! ¡Iujuu!

SUSANA.- Tristán, ¿es que te ha tocado la lotería?

TRISTÁN.- Mejor todavía ¿Ves este papel? (Baja el brazo con el que sostiene el papel.) Pues este papel me convierte en el chico más famoso de la clase. Por lo que, a partir de ahora, las chicas tendrán que esperar turno para salir conmigo.

SUSANA.- Yo creía que se trataba de dinero.

TRISTÁN.- Es un cheque con mi nombre y apellidos: por valor de doscientas mil pesetas. ¡Mira! Aquí lo dice.

(Susana deja de quitar el polvo de las estanterías y pone el trapo sobre el televisor. Luego se acerca hasta Tristán.)

SUSANA.- ¡Enséñamelo! (Tristán se lo da.) ¡Anda, si es verdad! ¿De dónde te lo has sacado? Si lo has arrancado del talonario de tu padre y has puesto tu nombre, será mejor que se lo digas porque, si no, puede que se me caiga el techo encima si lo hecha en falta.
(Tras la advertencia, le devuelve el cheque.)

TRISTÁN.- Te equivocas, Susana. ¿Te acuerdas de aquella historia imaginaria sobre extraterrestres que escribiste y me dejaste leer? Pues, como me gustó tanto, hice una fotocopia y la guardé. El mes pasado, se convocó para alumnos de tercero del Instituto un concurso de literatura fantástica y... Toma, lo has ganado tú.

(Le quiere dar el cheque a Susana, pero ésta lo rechaza.)

SUSANA.- No, no. Yo no cobro derechos de autor, Tristán. Además ese premio es inmerecido. Me parece imposible que ese relato haya sido calificado con el primer premio: es un auténtico rollazo. Yo nunca he escrito, eso fue algo fugaz. Se me ocurrió una noche, en la que hubo un apagón de luz: Estaba aburrida, cogí papel y boli, encendí una

vela y... eso fue lo que salió.

SUSANA.- Te lo puedes quedar todo.

TRISTÁN.- Por lo menos, quédate con la mitad.

SUSANA.- Ni hablar. Te regalo mi parte. Con un poco más que ahorres, podrás comprarte un motor fueraborda.

TRISTÁN.- ¡Pero si lo mío es navegar a vela!

SUSANA.- Pues guarda el dinero o vete de viaje. ¡Yo qué sé!

TRISTAN.- Sabes que mis padres me lo impedirían: Soy menor de edad.

SUSANA.- Yo tenía dieciséis años como tú, y me fui a las islas Seychelles.

TRISTAN.- ¿Dónde está eso?

SUSANA.- (Sonriendo.) Suspendido en geografía. Están en el Océano Indico, a mil seiscientos Kilómetros de la costa africana: en situación paralela a la isla de Madagascar.

TRISTAN.- El viaje debe costar un pastón.

SUSANA.- Lo cuesta. Aunque a mí me salió gratis.

TRISTAN.- ¿Te tocó en algún concurso?

SUSANA.- No. Me enamoré del hijo de un magnate del petróleo. Lo conocí en La Costa del Sol: me invitó a que los acompañara en un crucero, que navegaba hacia aquellas islas. Luego, me pagaron el billete de avión para que regresara a España. Se portaron muy bien conmigo. Fue una experiencia inolvidable.

TRISTAN.- Y tus padres... ¿te dieron permiso?

SUSANA.- ¿Permiso? ¡Qué va! Ni siquiera me dejaban ir al cine a las diez. ¿Por qué te crees que vine a vivir con mi hermana

cuando pude? Los engañé: Les dije que me iba a un albergue juvenil a pasar el mes de julio. Que este albergue se encontraba en lo alto de una montaña. En un lugar de muy difícil acceso, y que había sido ideado para que los jóvenes nos espabiláramos un poco. Por lo que nos estaba prohibido recibir visitas, llamadas telefónicas e incluso cartas o telegramas. Con la normal preocupación que suponía el que no me vieran durante un mes, la idea les agradó, aduciendo que me vendría bien una temporadita fuera de casa, porque ya empezaba a comportarme como una niña mimada. Cuando, en realidad, eran ellos los que querían convertirme en su eterno juguete.

TRISTÁN.- (En broma.) ¡Que sinvergüenza eres!

SUSANA.- (También en broma.) Y tú, un copión. Aunque reconozco que sin mala intención, como prueba que me ofrezcas el dinero.

TRISTAN.- Ignoraba que hubiese un premio en metálico. Nadie lo sabía, pues, en las bases, no figuraba dicho dato. Era una sorpresa de la asociación de padres. Nunca me ha gustado la literatura: me presenté porque sabía que, si lo ganaba, saldría en la portada de la revista que edita el Instituto. Pensaba que así podría despertar el interés hacia mí de una chica de la clase, que me gusta mucho. Y lo ignora completamente. Se llama Emelia.

SUSANA.- Eso es muy sencillo. Te le declaras y ya está... A lo mejor, ella está coladita por ti y le da corte decírtelo. No hay quien te entienda: Antes, te jactabas de que las chicas tendrían que esperar su turno para salir contigo y, ahora me vienes con ésas.

TRISTAN.- Porque sus amigas me han dicho que le gusta un chico de cuarto. Ése, igual que ella conmigo, la ignora completamente.

SUSANA.- ¡Va! No seas pesimista, Tristanito, Dale tu número de teléfono y verás como te llama a ti.

TRISTAN.- (Con entusiasmo.) Como me llame, bajaré las

escaleras corriendo y te daré un beso, susanita.

(Luego, suena el timbre del portero automático.)

SUSANA.- Debe de ser el chico que ha llamado para ver el piso. Lo siento, pero tienes que marcharte.

(Ambos se levantan y caminan hacia la puerta número uno.)

TRISTAN.- Me gustaría saber quién es ese tipo. Pero, ya que me echas, me voy, me voy.

(En estos momentos, vuelve a sonar el timbre. Ambos se introducen en el recibidor y, ya fuera de escena, se despiden.)

SUSANA.- ¡Adiós! Y que tengas suerte.

TRISTAN.- ¡Adiós! Ya te contaré...

(Después, vuelve a sonar el timbre del portero automático. Se escucha la voz de Susana.)

SUSANA.- ¿Quién es? (Pasados unos segundos.) ¡Ah!, es usted. ¡Suba, suba!

(Unos segundos de silencio. Después, entra en el salón Susana y Boreo se queda en la puerta: Lleva un periódico en las manos, escondidas tras su espalda.)

SUSANA.- ¡Pase, pase! (Boreo se acerca. Ambos se quedan a la derecha de la mesa.) Perdone la tardanza en abrirle: es que tenía visita.

BOREO.- No tiene importancia. La culpa es mía. Habíamos quedado a las seis y todavía faltan cinco minutos.

SUSANA.- (Le extiende la mano derecha.) Me llamo Susana, ¿y usted?

(Mientras, Boreo sujeta con la mano izquierda el periódico y estrecha con la derecha la de Susana.)

BOREO.- Yo, Boreo López Riluá. Encantado de conocerla.
SUSANA.- Lo mismo digo. Siéntese, por favor.

(Boreo se sienta en el sofá 1 y gira la cabeza para observar lo que hay detrás. Susana se sienta en el sofá 2.)

SUSANA.- (En voz baja.) Boreo. Que nombre más feo.

(Boreo, que ha escuchado algo, pero no sabe muy bien lo que es, gira la cabeza hacia Susana.)

BOREO.- ¿Decía usted algo?

SUSANA.- No, no. Nada. Sólo que su nombre debe de ser poco corriente. Jamás lo había escuchado.

BOREO.- (Pone el periódico sobre la mesa.) Eso mismo me comenta mucha gente. ¡Verá!, Boreo, en la mitología griega, significaba: Viento de los países nórdicos. Fuerte y frío que podía provocar el desastre pero, también, dar energía. El día en que nací, un incendio quemó la graja donde vivían mis padres. De común acuerdo decidieron bautizarme con ese nombre. Supongo que bajo la esperanza de que les diera energías.

SUSANA.- Y lo de Riluá, ¿es francés, verdad?

BOREO.- Sí, mi abuelo materno vino a España durante la guerra civil. Era soldado de las brigadas internacionales, que luchaban en el bando republicano contra los fascistas. Conoció a mi abuela y, una vez acabada la contienda, regresó a España para casarse con ella.

SUSANA.- (Carraspea un poco.) Dirá que soy curiosa, pero me entenderá. Necesito saber algunas cosas acerca de la persona con la que debo compartir el piso.

BOREO.- ¡Adelante! Pregunte lo que quiera.

SUSANA.- Lo típico de siempre. ¿Trabaja?, ¿estudia?

BOREO.- Las dos cosas. Estudio en la universidad. Estoy acabando económicas y, para pagarme la carrera, soy carterista.

(Serio y mirándola fijamente a los ojos. Susana, de un salto, se levanta del sofá. Se pone las manos en los bolsillos del pantalón y, sobresaltada, empieza a gritar.)

SUSANA.- ¿Y lo dice tan tranquilo? ¡Márchese! ¡Largo! Largo de esta casa.

(Gritando, le indica la puerta 1. Boreo se levanta.)

BOREO.- ¡Por favor! ¡Por favor! Tranquila, tranquila. Lo ha entendido usted mal. Se lo explicaré. Pero a partir de ahora, tráteme de tú.

SUSANA.- (Confiadamente.) Lo mismo digo.

BOREO.- De acuerdo. Trabajo en una fábrica donde se confeccionan carteras con varios tipos de pieles. (Se sienta en el sofá y saca una cartera del bolsillo de su pantalón.) Toma, te la regalo.

(Susana la coge, se la mira y se sienta donde estaba.)

SUSANA.- Disculpa mi actitud, soy una mal pensada. Gracias es muy bonita. ¿De qué está hecha?

BOREO.- De piel de cocodrilo.

SUSANA.- ¿No crees que es una injusticia el tener que sacrificar animales, por el sólo hecho de satisfacer el capricho de algunos humanos?

BOREO.- Ahora, pregunto yo. ¿Por qué quieres compartir el piso? (Con ironía.) ¿Es que te aburres, viviendo sola?

SUSANA.- ¡Eh! ¡Eh! Menos confianza. ¿Por quién me tomas? Si tengo que compartir el piso, es contra mi gusto, ¿sabes? No es mío, es alquilado. Necesito que alguien me ayude a pagar el alquiler.

BOREO.- Búscate algo más barato. Lo encontrarás.

SUSANA.- ¿Algo más barato? Yo pago cincuenta mil pesetas al mes por este piso. Más barato sólo encontraría alguna casa en ruinas, o la pequeña habitación de una pensión de tercera. Y yo quiero vivir a lo ancho y a lo cómodo.

BOREO.- ¿Cuánto hace que vives aquí?
SUSANA.- Dos años. Hasta hace tres meses, compartíamos el piso mi hermana y yo.

BOREO.- Tu hermana, ¿es menor que tú?

SUSANA.- Dos años.

BOREO.- Total, que tu hermana se largó por su cuenta. ¿O es qué se casó?

SUSANA.- Ni una cosa ni la otra.

BOREO.- Entonces, ¿volvió a casa de tus padres?, porque supongo que estarán vivos.

SUSANA.- Afortunadamente, supones bien. Tampoco es eso.

BOREO.- Pues, ¿qué es? ¿Dónde está?

SUSANA.- Mi hermana está en Sudamérica. Es misionera.

BOREO.- Importante y bonita vocación. ¿Sabes?, a nosotros, los jóvenes, nos da la sensación de que eso es algo reservado a las personas muy religiosas, o a las que buscan, de esa manera, refugiarse de los avatares de su vida. Y es que, todavía, seguimos sin comprender que, para acabar con la

pobreza en el mundo, es imprescindible no ser ajenos a la desoladora estela que ésta dibuja. Pero, desgraciadamente, yo hablo en general, sólo nos importa saber cosas tan triviales como: qué tipo de ropa ponernos para ir a la discoteca, o qué nuevo combinado de bebidas tomaremos. Sin pensar que, mientras tanto, miles de personas mueren, porque no tienen comida ni, tampoco, una sola gota de agua con que mojarse los labios.

(Se pasa el dedo índice de la mano izquierda por el grueso de los labios, cerrando la boca.)

SUSANA.- Tienes razón. Pero estoy segura de que habrá un día en que la gente

desconocerá el significado de la tan oída frase: el Tercer Mundo. Pues ésta habrá desaparecido de los medios de comunicación.

BOREO.- Ojalá sea así. Aunque lo veo difícil. Mira, Susana, los humanos nos llamamos erróneamente seres racionales. Y, entre otras adversidades, perdurará el error en nuestras mentes, mientras comportemos que exista un Tercer Mundo.

SUSANA.- Tus palabras son muy sensatas. Creo que te has equivocado de camino, Boreo. Deberías haber estudiado filosofía, en vez de ciencias económicas.

BOREO.- Es fácil ser sensato cuando se tiene solidaridad. Y, ahora, hablemos de economía. ¿Cuánto tendré que pagar si me quedo?

SUSANA.- Está claro, la mitad.

BOREO.- Y los otros gastos, ¿cómo se dividen?

SUSANA.- El agua, el gas y la electricidad, también los pagaremos a medias. No vamos a instalar un contador para saber lo que gasta cada uno. Tampoco viene de mil pesetas. Lo del teléfono, eso ya es otra cosa: Cuando se exceda del número de pasos permitidos, correspondientes a la cuota mínima, cada cual deberá pagar las llamadas que efectúe. Todos los muebles y electrodomésticos los compramos a medias, mi hermana y yo. Puedes usarlos cuando quieras.

BOREO.- Gracias. Eres muy generosa. Pero, antes de tomar una decisión, me gustaría ver el resto del piso.

SUSANA.- ¡Pues allá vamos! (Ambos se levantan.) ¡Ven por aquí!

(Susana le señala la puerta 2. Los dos entran por la puerta. Cuando desaparecen de escena, CAE EL TELÓN.)

# Fin del primer acto.

# Acto segundo. Cuadro primero

(Se levanta el telón. Han pasado ocho meses y medio. Aparece Boreo tumbado en el sofá 1. Con una mano debajo de su cabeza. Está leyendo un libro de filosofía. Al cabo de unos segundos aparece Susana y, sin mediar palabra, se para delante de él. Le da un toquecito en el libro con el bolso. Éste la mira y, con cara de fastidiado, se sienta en una posición normal.)

BOREO.- (Un poco malhumorado.) ¿Qué quieres? ¡Déjame en paz! (Se levanta y deja el libro sobre la mesa.) Ahora que estaba concentradísimo.

(Se vuelve a sentar. Susana deja el bolso en la mesa, se sienta a su lado y le acaricia en el hombro.)

SUSANA.- Bueno, bueno. Tranquilo, hoy estás muy arisco.

BOREO.- (Ya sin mal humor.) Perdóname, Susana. Pero es que sabes de sobra que, cuando estoy meditando, no quiero que nadie me moleste. (Se cruza de brazos) Luego me desconcentro, y me resulta imposible asimilar la lección.

SUSANA.- La culpa es mía, por instigarte a que estudiaras filosofía. Te pasas el día tumbado en el sofá

BOREO.- El día no. Sólo la mañana. Desde que acabé económicas, todavía estoy esperando tener un día entero libre. Así que, mira por donde, hoy voy a tomarme un descansito. Voy a llamar al jefe diciéndole que me encuentro

mal. De llamar a la Universidad paso... Total, hay tanta gente que ni siquiera te conocen. Aprovecharé para cumplir con dos consejos televisivos: Visitar al oculista y al dentista, una vez cada seis meses como mínimo. Consejos que cumpliré por primera ocasión en mi vida.

(Susana le rodea con los brazos por el cuello y le da un beso en la mejilla. Boreo la coge de

la cintura.)

SUSANA.- Vale me parece muy bien, pero, esta noche, me llevas a cenar. Llevamos cuatro meses casados y sólo me has llevado dos veces.

BOREO.- Está bien. Pero es que a ti sólo te gustan los restaurantes chinos. Y yo, con los palillos, (suelta a Susana e imita la acción) me enredo tanto, que tú estás comiéndote el postre y yo, todavía, estoy en el primer plato.

SUSANA.- ¡Toma! Y tú sólo quieres ir a los vegetarianos. Como tú lo eres. ¡Hala, venga! (Suelta a Boreo e imita la acción de comer.) Coliflores, lechugas, acelgas, coles a porrillo. Entro con cara de mujer y salgo con cara de vaca.

(Ambos se ríen. Boreo muge, mientras, con los dedos índice de cada mano, imita la forma de unos cuernos en la frente.)

BOREO.- ¡Mumm...! De acuerdo, tú ganas.

(Susana lo coge de las caderas y le da un beso en la frente.)

SUSANA.- ¡Ay! Eres un cielo. (Luego se levanta y coge el bolso.) Yo me marcho a trabajar. Voy a llegar tarde. ¿Quieres que ponga la tele?

BOREO.- ¿Qué echan?

SUSANA.- Las noticias.

BOREO.- Si, ponla. Así me entero de si lo yankis campean a sus anchas, disparando contra otros barcos, en aguas de las propias víctimas. O si los rusos forman colas de dos kilómetros esperando su turno para comprar el papel higiénico.

SUSANA.- Nuestro país tampoco es perfecto. Aquí tenemos muchos problemas por resolver.

(Acabadas estas palabras, Susana se dirige a la televisión, sin ponerla en marcha.)

BOREO.- Sí, y les prestamos menos atención de la que necesitan. Sin embargo, dejamos que algunos delincuentes se conviertan en famosos personajes. Y algunos famosos, en personajes delincuentes.

(Al final de esas palabras, Susana, que está delante del televisor mirando a Boreo, se gira y enciende el televisor. Luego, ambos se despiden.)

BOREO.- ¡Adiós, Susana! Hasta las dos.

SUSANA.- ¡Adiós! Y acuérdate de ir a comprar el pan. Siempre se te olvida.

(Susana desaparece de escena por la puerta 1. Boreo está unos segundos contemplando las imágenes de la televisión: imágenes de guerra. El sonido no se escucha, por lo que se levanta del sofá y se dirige al televisor. Cuando llega, toca varios mandos durante algunos segundos. Luego, le da un golpecito con el puño encima y, después, decide apagarlo. Abre uno de los cajones que tiene debajo del armario. Coge la guía de teléfonos. Busca en las páginas amarillas, mientras, se dirige al taquillón: al llegar allí, pone la guía sobre éste. Descuelga el teléfono, marca un número y...)

BOREO.- ¡Hola! ¡Buenos días! ¿Electrónica Manzanaque? (Pequeño silencio.) Mire usted. Llamo para dejarles el aviso de un televisor averiado. La dirección es: Avenida de la Constitución, número treinta y seis, primero izquierda. (Pequeño silencio.) De acuerdo y gracias.

(Boreo cuelga el teléfono. Coge la guía, la guarda en el cajón donde estaba antes y, cuando está cerrando éste, escucha una voz desconocida para él, que le da los buenos días. Detrás de

él está Sandra, que acaba de entrar sigilosamente, con la intención de dar una sorpresa. Lleva una maleta de viaje.)

SANDRA.- ¡Buenos días! (Boreo se gira y se pone en pie.) Tú eres Boreo. Te he reconocido enseguida. Encantada de conocerte en persona.

BOREO.- Yo también.

(Sandra deja la maleta en el suelo y ambos se estrechan la mano.)

SANDRA.- ¿Está mi hermana en casa?

BOREO.- Hace un par de minutos que se ha ido.

SANDRA.- ¡Lástima! ¿A qué hora viene?

BOREO.- A las dos suele estar aquí.

SANDRA.- Podría llamarla por teléfono. Pero prefiero darle la sorpresa cuando llegue. Tú te has llevado una grande cuando me has visto, ¿eh? Aunque te conocía por medio de unas fotografías. Tenía mucha curiosidad por saber la respuesta a algunas preguntas.

BOREO.- ¿Cómo cuáles?

SANDRA.- Si serías tan alto, qué tono de voz tendrías...
BOREO.- ¡Siéntate Mujer!

SANDRA.- (Sonriendo) Ya veo que autoritario (Boreo sonríe, ambos se sientan)

BOREO.- ¡Ves! Yo, con eso de la voz, una vez, me llevé un chasco: En una ocasión, llegué a estar enamorado de una locutora de radio. Sólo la conocía por su voz, la cual me gustaba cantidad. A ella, jamás la había visto. Ni siquiera en foto. Pero pensaba que sonoridad tan encantadora tenía que pertenecer a una persona muy humilde.

SANDRA.- ¿Y qué pasó?

BOREO.- Una vez en su programa de la radio, informó de que sería la presentadora de un concurso de disfraces. Me presenté en el lugar indicado y comprobé que la idea que me había hecho era totalmente distinta. Me llevé un desengaño. Es muy engreída.

SANDRA.- Espero que de mí no te lleves ninguno. Sea en el aspecto que sea.¿Recibisteis mis fotos?

BOREO.- Sí, te he reconocido en seguida. Sinceramente. Yo no soy de esas personas que sólo miran el físico. Aunque sea lo primero en lo que todos nos fijamos: Es en el interior de cada uno donde está el espejo que refleja nuestra imagen real. Pero dime: ¿Cómo te has presentado así, tan de repente?

SANDRA.- No quería que nadie lo supiese. Entre otras cosas, porque tampoco era seguro.

BOREO.- ¿Qué quieres decir con eso?

SANDRA.- Nadie lo sabe. Nadie se lo puede imaginar. He engañado a mis padres, a Susana, a ti, Boreo, a todos mis familiares y amigos. Y lo peor de todo: A la hermandad. El caso es que nadie ha sospechado nada. La única persona que lo sabía era el Padre Roberto.

BOREO.- ¿Saber qué? ¡Dilo ya de una vez!

SANDRA.- Te lo explicaré. Y que Dios me perdone. Pero, antes contéstame a una pregunta: ¿Quieres mucho a mi hermana?

BOREO.- Sí. Es la mujer más buena del mundo. Tú sabes que en ocasiones, puede dar la sensación de que tiene mal carácter, y que ello es debido a que se encuentre a veces de mal humor por algunas cosas que suceden en la vida: Es muy sensible y vive los problemas suyos y ajenos, muy dentro de sí misma. Afortunadamente, logré disuadirla para que dejase de afrontar esta circunstancia por medio del alcohol.

SANDRA.- Veo que conoces muy bien a mi hermana. Tengo que darte las gracias, porque, con tu comprensión hacia ella, has logrado poner fin a su mayor pesadilla.

BOREO.- Ella también me ha ayudado mucho: Cuando la conocí, yo era muy inseguro, sentimentalmente hablando. Ahora puedo decir que he encontrado a la mujer de mis sueños.

SANDRA.- Como me hubiese gustado asistir a la boda.

BOREO.- Susana lamentó mucho tu ausencia. Y, también, la del Padre Roberto, el cual yo no llegué a conocer pero del que sé muchas cosas, gracias a ella y a tus padres. Los tres comentaban a menudo, con mucha tristeza, su pérdida irreparable. Y estaban seguros de que le hubiese gustado oficiar la ceremonia.

SANDRA.- Boreo, prométeme que tu mujer nunca sabrá lo que te voy a contar.

BOREO.- Puedes tener la certeza, que de mi boca no saldrá una sola palabra.

SANDRA.- Ésta es la historia muy resumida de lo que me ha sucedido desde que me fui de aquí: Ya empezaba a acostumbrarme a tener delante de mis ojos pobreza. Mis oídos ya eran menos fieles a mi sensibilidad al escuchar el llanto de los niños hambrientos. Nuestras manos seguían sacando de los suburbios, inocentes criaturas que convivían con las ratas y piojos. Pero yo, de cada vez, sentía una más profunda sensación de impotencia, cuando, al abrazarlas, palpaba el sarpullido que éstos les habían grabado en su mugrienta piel..

(Boreo la interrumpe.)

BOREO.- Te admiro. Admiro ese gran coraje que tienes. Toda tu familia te admira. Tus padres esperan tus cartas como el campesino espera la lluvia en época de sequía. Susana, como la niña que le van a regalar una muñeca. Y, a mí, me gusta releer las pocas que has mandado desde que soy tu cuñado. Porque en ellas, se vislumbra una gran

humanidad. Así que, por favor continúa tu relato.

SANDRA.- El lugar más cercano a la misión donde se puede encontrar agua potable es un pozo situado a unos cinco kilómetros de distancia: Cuando se nos terminaba, yo era la encargada de ir a buscarla con el camión cisterna, ya que nadie más disponía de ese carné.

Un día, cuando regresaba al campamento, me pararon tres individuos armados: Llevaban una metralleta cada uno, dos bandoleras entrecruzadas en el pecho, llenas de balas, una camisa verde, unos pantalones tejanos y unas botas camperas. Me dijeron que no temiera, que no me iba a pasar nada. La verdad es que en ningún momento me apuntaron con sus armas.

BOREO.- ¿Quiénes eran?

SANDRA.- Eran guerrilleros.

BOREO.- ¿Te hicieron prisionera?

SANDRA.- ¿Prisionera?, ¿por qué? No; me pidieron que, por favor, les dejase llenar sus cantimploras, pues estaban sedientos. Luego, me preguntaron si era española, pues notaron en mi habla la falta del típico acento hispanoamericano. Les dije que sí. Ellos tenían mucho interés en conocer la opinión de los españoles con respecto a la decisión que habían tomado. Yo les contesté que me parecía que la mayoría estaría de su lado. Pero que tampoco estaba muy segura, pues había salido de España unos meses antes de iniciarse la guerra civil que ellos mantenían en su país. Y no había podido constatar las versiones que, a buen seguro, estarían dando los medios de comunicación acerca del conflicto. Luego, me preguntaron: <<Y usted, ¿de qué lado está?>>

( Se queda unos segundos en silencio.)

BOREO.- ¿Y qué les contestaste?

SANDRA.- Les dije que yo no entendía de política. Que estaba en

su país vecino con la intención de ayudar a los demás. Ellos me dijeron que, en su país, también intentaban ayudar a los demás. Y, aunque lo hacían de otra forma muy diferente, pensaban que ésta era la única solución.

BOREO.- Es que, en su país, las cosas están muy mal. Sus mandamases pretenden ocultarlo a la opinión pública: Pretenden engañar al pueblo deciéndoles que son un país subdesarrollado. Cuando, en realidad, no lo son tanto. Sí es cierto que tienen un índice de analfabetismo similar al país donde has estado...

(Sandra le interrumpe.)

SANDRA.- Lo sé yo, mejor que tú: Hasta hace ocho días, estuve allí (Boreo se sorprende.) Esto es lo que te tenía que contar.

Me uní a aquellos tres guerrilleros. Me convencieron sus explicaciones. Sus ideas. Eso que has dicho tú de sus mandamases es una verdad como un templo. Yo he visto hombres, en las minas, matarse entre sí por una esmeralda que les proporcionara el pan de unos días. Y, a tan sólo un par de kilómetros, mansiones equipadas con toda clase de lujos y circundadas por extensas plantaciones de cocaína. Están subdesarrollados, sí. Pero es por culpa del gobierno, que permite que unos cuantos desarrollen actividades ilegales, sin temor a ser castigados. Por eso, luchábamos contra el gobierno: Para derrocarlo y conseguir así lo que ellos, por miedo o por intereses personales, no habían conseguido. Nuestro objetivo hubiese consistido en expropiar las haciendas de los narcotraficantes, principales poseedores del suelo del país. Repartirlas en cooperativas formadas por gente pobre, a la que se les pondría como única condición que no sembraran droga, pues a ésta la perseguiríamos severamente. Creo que esto hubiera acabado con la miseria de mucha gente de una vez por todas.

BOREO.- Sé que vuestra causa fue un fracaso. La gente os apoyaba con pintadas en las paredes, con gritos de aliento en vuestros mítines. Pero, al final de éstos, muy pocos eran los que se apuntaban como voluntarios.

SANDRA.- Sí. Nuestra consigna era buscar voluntarios en los pequeños poblados, donde creíamos encontraríamos más adeptos, ignorando que la mayoría de sus habitantes vivían atemorizados, bajo la amenaza de los narcotraficantes. Éramos pocos y, cada día, quedábamos menos. El enemigo iba ganando terreno. Su moral, de cada vez, era más alta. Nos replegaron hacia la frontera. Quedamos atrapados en un cerco sin salida. Fue un auténtico calvario. Llevábamos una semana sin poder abastecernos de provisiones, y ésos bastardos seguían disparándonos. Sin casi comer, los exánimes pulsos de nuestros brazos, impedían la sujeción de las metralletas. Aquella misma noche decidimos por unanimidad que, antes de rendirnos, debíamos intentar salir del cerco. Con la esperanza de poder cruzar la frontera. Algunos lo conseguimos. Pero la mayoría cayeron acribillados a balazos.

BOREO.- Por suerte, tú lo puedes contar.

SANDRA.- Sí, y me tranquiliza mucho pensar que aquí nadie lo sabe. Mis padres y Susana, habrían sufrido mucho si se llegan a enterar.

BOREO.- Yo también.

SANDRA.- Sin duda alguna. Como te decía antes, la única persona que lo sabía era el Padre Roberto: Se enteró poco tiempo después de que me convirtiera en guerrillera. Supongo que, al percatarse de que la enfermedad que padecía le había llevado al ocaso de su vida, no quiso despedirse de ella con la delación de unos hechos que hubiesen acabado con la sonrisa de sus amigos. Por ello, se llevaría el secreto a la tumba.

BOREO.- Entonces, ¿él recibió una carta dónde le revelabas la verdad?

SANDRA.- Sí, le revelé la verdad, pero no se la escribí yo. La carta que recibió el Padre Roberto la redactó una persona, encargada de que la hermandad y la familia tuvierais

noticias mías. Yo, desde que me fui de la misión, nunca pude tener noticias de lo que aquí os sucedía. Hace tan sólo unos días que pasé por la misión, donde leí las cartas recibidas y vi vuestras fotografías de la boda.

BOREO.- Y, ¿quién era esa persona?

SANDRA.- La misma que vino a buscarme al aeropuerto el día que llegué allí. Se llama Sor Mirena. Era la máxima responsable de la misión. Entre otras facultades, tiene la de saber imitar cualquier letra.

BOREO.- Ideal para falsificar firmas.

SANDRA.- Has puesto el dedo en la llaga. Sor Mirena es una impostora que, escondida bajo el hábito de monja, huye de la justicia: Lo descubrí la noche que dormí en su casa. Ella me sorprendió con las pruebas en mis manos. Me pidió que por favor, no la denunciara a la policía. Más tarde, al tomar la decisión de unirme a la guerrilla, aproveché la ocasión para chantajearla. En ella, había encontrado la persona idónea para desarrollar mi plan, pues los dos meses que habíamos convivido juntas, habían sido tiempo suficiente para que supiera muchas cosas de mi vida y de mi familia. Además, escribía igual que yo. La prueba es evidente, ¿no?

BOREO.- ¿Y crees que valió la pena toda esa farsa?

SANDRA.- No: Cuando llegué a la encrucijada que divide el camino de la paz y el de la violencia me paré a pensar que, eligiendo el primero, no me convertiría en otra cosa que en estatua inmóvil que, apoyada en su pedestal, ornamentaría aquella injusta sociedad. Me arrepiento de haber escogido el segundo camino, pues la violencia es la voz del ser humano que, convertida en feroz rugido, deja insonoras las voces de su concordia.

BOREO.- Me alegro de que te arrepientas, porque los que así no lo hacen, se empeñan en utilizar la vía de la violencia, creyendo que se convertirán en alquimistas de los síntomas derivados de la desigualdad de clases, sin pensar que, con la paz, algún día pueden desenterrar otra vía que

les lleve a alcanzar sus anhelos: Y te hablo del caso particular de ese país. (Boreo se levanta.) Y, ahora, vamos a tomar una copa, para celebrar tu vuelta a casa.

SANDRA.- (Se levanta.) Sí. Y aprovechemos para celebrar otra agradable noticia.

BOREO.- ¿Cuál?

SANDRA.- Estoy embarazada.

BOREO.- ¡Felicidades! Verás cuando se entere Susana: Saltará más que uno de esos atletas al conseguir una medalla de oro. Tus padres, ya te lo puedes imaginar. Con sólo decirte que, cada vez que la ven a ella, de la misma ilusión que tienen, les parece que ha engordado.

( Los dos se dirigen al mueble bar. Al llegar ahí, Boreo coge una par de copas.) ¿Qué quieres beber, Sandra?

SANDRA.- Una copita de moscatel.

BOREO.- Me has leído el pensamiento.

(Boreo llena de moscatel las dos copas y ambos brindan.)

SANDRA.- Por mi hijo y mi regreso a casa.

BOREO.- Por ambas cosas, felicidades de todo corazón. (Ambos se beben la copa de moscatel y la dejan en el mueble bar.) Siempre he pensado que esto de ser madre sigue siendo el misterio más importante que existe. En ese sentido, he de confesar: Que envidio las mujeres, porque tienen acceso a él. ¿De cuántos meses estás?

SANDRA.- Estoy de seis semanas.

BOREO.- Sandra: Estoy seguro de que tu hermana estará encantada de que vivas con nosotros. Y quiero que sepas que yo también.

SANDRA.- Gracias, de momento voy a quedarme aquí; pero cuado nazca mi hijo, ya veremos, tampoco quiero causaros molestias.

BOREO.- Nada de molestias. Los dos coincidimos en que la casa se encuentra algo vacía sin que, a parte de las plantas, no haya otra cosa en ella perteneciente a la naturaleza por la que preocuparse. Nos hemos planteado la idea de tener uno, pero aún esperaremos un poco más.

(Cuando termina de decir esto, suena el timbre del portero automático.)

BOREO.- Debe de ser el técnico de la televisión.

SANDRA.- ¿Está estropeada?

BOREO.- Sí, se le ha ido la voz.

(Boreo desaparece de escena, saliendo por la puerta 1. Sandra coge su maleta de viaje que permanecía en el suelo, al lado del sofá 1, y hace lo propio por la puerta 2. El escenario se queda vacío. mientras se escucha la voz de Boreo hablando en el vestíbulo.)

BOREO.- Suba y entre sin llamar. La puerta estará abierta.

(Boreo entra de nuevo en el salón. Enciende el televisor, poniéndose brazos en jarra delante de él. Unos segundos más tarde, entra el técnico. Lleva en su mano izquierda un maletín de herramientas.)

TÉCNICO.- ¡Buenos días!

BOREO.- ¡Buenos días! (Boreo gira el mando del volumen del televisor.) ¡Mire! El volumen no funciona.

(El técnico se acerca y gira también el volumen.)

TÉCNICO.- Ya sé lo que pasa. Hay que cambiar esta pieza y ajustar un par de cosas. (Se gira hacia Boreo y entreabre el maletín.) No llevo las herramientas adecuadas. Así que, si usted me lo permite, tendré que llevármela al taller. ¿Querrá ayudarme a bajarla?

BOREO.- Por su puesto. No faltaría más.

TÉCNICO.- Será un instante: He aparcado la furgoneta justo aquí abajo, encima de la acera.

BOREO.- Démonos prisa o se encontrará una receta.

TÉCNICO.- ¿Una receta?

BOREO.- Sí, una multa.

TÉCNICO.- ¡Ah!

(Boreo desenchufa los cables del televisor.)

TÉCNICO.- ¿Dónde puedo dejar esto? (Le enseña el maletín.)

BOREO.- En el sofá mismo. Ya subirá luego a por él.

(El técnico deja el maletín sobre el sofá 1, en el instante en que entra Sandra en el salón.)

SANDRA.- ¿Está arreglado ya el televisor?

BOREO.- No. El técnico se lo tiene que llevar.

SANDRA.- ¿Tardará mucho?

TÉCNICO.- Un par de días.

(El técnico y Boreo cogen el televisor. Sandra coge una revista y se sienta en el sofá 2. Mientras, Boreo camina hacia la puerta 1, sujetando con el técnico el televisor.)

BOREO.- No importa que cierres la puerta. Ahora mismo vuelvo.

SANDRA.- De acuerdo.

(Sandra observa como se van. Cuando ambos desaparecen de escena, empieza a ojear la revista. Al cabo de unos egundos, aparece Tristán en escena. Asoma primero la cabeza por detrás de la puerta.)

TRISTAN.- ¿Se puede?

(Cree que la que está recostada en el sofá 2 es Susana, pues sólo le ve las manos, sujetando la revista. Sandra, al verlo, se levanta y deja la revista en la mesa.)

SANDRA.- ¡Tristán!

TRISTAN.- ¡Sandra! Creía que eras Susana.

SANDRA.- Pero pasa, hombre. No te quedes en la puerta.

(Tristán se acerca hasta Sandra.)

TRISTAN.-¡ Qué sorpresa! Tu hermana me dijo que venías dentro de dos semanas.

SANDRA.- Así lo tenía previsto. Pero he adelantado mi regreso. (Tristán le da un beso en cada mejilla y Sandra hace lo propio. Luego, lo mira de abajo arriba mientras él sonríe.) ¡Tú has crecido! Por lo menos un par de centímetros.

TRISTAN.- ¡Hala! ¡Hala! No seas exagerada. ¡Qué va! ¡Qué va! Cómo mucho dos o tres milímetros. Lo que pasa, es que hace casi un año que no me ves, y te da esta sensación.

SANDRA.- Si tú lo dices... Venga, siéntate y cuéntame cómo te van las cosas. (Ambos se sientan en el sofá 1.) ¿ Sigues en el instituto?

TRISTAN.- Sí, en Junio acabo cuarto.

SANDRA.- ¿Y qué? ¿Cómo te va?

TRISTAN.- De momento bien. Sigo sin cultivar calabazas. ¿Y tú? Cuéntame algo de lo tuyo.

(Antes de que Sandra conteste a Tristán, entra Boreo mirando hacia el suelo e interrumpe la conversación.)

BOREO.- ¡Ya está! ¡Uf! (Suspira y se pasa la mano por la frente, un poco sudorosa.) Cómo pesa ese armatoste (Luego, levanta los ojos y ve a Sandra y a Tristán.) ¡Hombre! Tristán. (Jocosamente.) Me juego cualquier cosa a que le estabas contando a Sandra alguno de tus éxitos literarios. (Se ríe)

TRISTAN.- (Molesto.) ¡Vete a la porra!

BOREO.- ( Irónicamente) A ver, a ver. ¿ Dime, a qué poeta has utilizado?

TRISTAN.- (Molesto.) Dile a Susana que es una chivata. Y ya ha metido bastante la pata. Adiós. Me voy.

(Ante la mirada de Boreo y Sandra, desaparece deprisa del escenario.)

BOREO.- (Desde detrás del sofá 1.) Hay que ver como se ha puesto. Total, por una broma.

SANDRA.- (Gira la cabeza hacia él.) Sí pero ¿qué clase de broma? Debe ser algo muy personal. Me parece que, sin darte cuenta, has herido su amor propio. Debe tratarse de asuntos del corazón. ¿Verdad?

BOREO.- Veo que tienes mucha intuición.

SANDRA.- En esos casos, las mujeres os ganamos.

BOREO.- Eso sí que es verdad. (De repente, se pone una mano en la cabeza.) ¡Anda! El maletín. Ese tío se lo ha dejado.

SANDRA.- (Fijándose en el maletín.) No me extraña, esta gente,

con tantos hilitos electrónicos metidos en el cerebro, por fuerza tienen que estar bien despistados.

BOREO.- (Coge el maletín.) Toma. Guárdalo en tu habitación hasta que venga a buscarlo.

(Sandra se levanta y Boreo le da el maletín. Sandra desparece del escenario por la puerta 2, mientras, Boreo va a llamar por teléfono. Saca una tarjeta del bolsillo del pantalón y marca el número que hay en ella. Permanece algunos segundos a la escucha. Luego, cuelga. Cuando entra en el salón, hace lo propio Sandra, la cual lleva en la mano izquierda una hoja de cuaderno.)

SANDRA.- ¿Le has dado el recado?

BOREO.- No, nadie contestaba. Y me extraña que ni siquiera tengan el contestador automático puesto.

SANDRA.- Ya vendrá, o mandará alguien a por él. Mira, lee esto. (Le da la hoja de cuaderno.)

BOREO.- ¿Qué es eso?

SANDRA.- Tú léelo.

(Boreo coge la hoja y lee en voz alta.)

BOREO.- Adivina, adivinanza:

<<Nunca tiene vacaciones. De casa nunca sale para irse a trabajar. No pone reparos ni condiciones, para su tarea realizar. Aunque sueldo no le quieran pagar.>>

SANDRA.-¿Quién es?

BOREO.- Está más claro que el agua: El ama de casa.

SANDRA.- Correcto. Acertaste.

BOREO.- Toma. (Le entrega la hoja.) Es bastante ordinario. Incluso algo hortera. Pero es una verdad como un templo. ¿De dónde la has sacado?

SANDRA.- Me la escribió un amigo mío que es oncólogo.

BOREO.- ¿Y eso qué es?

SANDRA.- Los médicos especialistas en tumores y cosas de esas. Aunque parezca mentira, esa es su letra.

BOREO.- ¿Me quieres tomar el pelo? Eso es imposible. Ningún médico escribe con esa letra tan legible.

(En esos momentos, aparece el inspector de la policía, el cual se queda en la puerta sin decir nada.)

SANDRA.- Ése sí. Cuando estaba en la facultad, su padre le trajo del Japón una minúscula, sofisticada y carísima grabadora. Por lo que tan sólo simulaba que tomaba apuntes. Indiscutiblemente, el tener un padre rico es una gran ventaja para uno.

(En esos momentos, interrumpe el inspector en el salón.)

INSPECTOR.- Espero que el suyo lo sea. (Boreo y Sandra, que no habían advertido su presencia, al oírlo se quedan sorprendidos.) Porque falta le hará, si se confirma el motivo de mi visita.

BOREO.- (Exaltado.) ¿Pero quién es usted? ¿Por dónde ha entrado?

INSPECTOR.- Por la puerta; está abierta. ¿O es qué no lo ve? (Señala la puerta del salón)

BOREO.- La de abajo está cerrada. La del piso también. ¿Cómo las ha abierto?

INSPECTOR.- (Sonriendo.) Nosotros disponemos de los medios necesarios para entrar en cualquier sitio. (Deja de sonreír y saca del bolsillo de su pantalón la placa de inspector.)

¡Ay! Perdonen (Se acerca hacia Boreo y, al llegar delante de él, le enseña la placa.) Mire, soy el inspector Ridruejo, de la brigada de estupefacientes.

SANDRA.- ¿Estupefacientes.?

INSPECTOR.- Sí. Y traigo una orden judicial que me autoriza a registrar este piso.

(Boreo y Sandra, sorprendidos, se miran el uno al otro.)

SANDRA.- Debe de haber un mal entendido.

INSPECTOR.- (Gritando) ¡Agentes!

(Aparecen dos agentes de policía. Delante va el número 1, llevando en la mano la orden de registro.)

AGENTE 1.- ¿Sí, señor Inspector?

INSPECTOR.- Déme la orden de registro.

AGENTE 1.- Tome, señor Inspector.

(Los dos agentes se quedan flanqueando al inspector)

INSPECTOR.- (Dirigiéndose a Boreo.) Aquí tiene. Compruébela usted mismo.

(Boreo la lee, ante la atenta mirada de Sandra y los tres policías.)

BOREO.- Debe de ser una broma de mal gusto. Algún chalado que quiere hacernos pasar un mal rato.

(Le devuelve al Inspector la orden y éste se la guarda.)

SANDRA.- (Sonriendo.) Sí, debe ser eso. Adelante, por mi pueden empezar cuando quieran. Pero les aseguro que no van a encontrar ni una sola aspirina.

INSPECTOR.- (Con semblante serio.) Eso ya lo veremos. (Dirigiéndose al agente1.) Agente.

AGENTE 1.- ¿Sí, señor Inspector?

INSPECTOR.- Proceda a registrar el piso.

AGENTE 1.- Ahora mismo, señor. (Desaparece de escena por la puerta 2.)

INSPECTOR.- (Se dirige al Agente 2.) Usted póngase en la puerta del vestíbulo e impida el paso de cualquier persona.

AGENTE 2.- A sus órdenes. (Desaparece de escena.)

BOREO.- (Dirigiéndose al Inspector.) Si quiere, le acompaño.

INSPECTOR.- (Lo mira con cara de pocos amigos.) Déjese de guasas.

BOREO.- (Con ironía) Lo decía por si necesitaba refuerzos.

INSPECTOR.- Déjese de tonterías o le costará caro. Dígame, ¿quién es el propietario de este piso?

SANDRA.- Es de alquiler. Su propietario es el vecino de arriba.

ISNPECTOR.- Perdonen mi indiscreción: ¿Qué tipo de relación hay entre ustedes?

BOREO.- Estoy casado con su hermana.

(Acabadas esas palabras, irrumpe el agente 1 en el escenario. Levanta hasta la cintura el maletín.)

AGENTE 1.- Aquí está, señor Inspector. (Este último le coge el maletín.)

INSPECTOR.- Justo lo que buscábamos. ¿Dónde estaba?

AGENTE 1.- En la segunda habitación, a la derecha del pasillo:

Justamente encima de la cama.

INSPECTOR.- ¿A quién pertenece esa habitación?

SANDRA.- Es la mía.

INSPECTOR.- A eso se le llama exceso de confianza. Queda usted detenida por tráfico de estupefacientes. Ya conoce toda esa monserga de que cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra el día del juicio, de que tiene derecho a un abogado y a efectuar una llamada telefónica.

BOREO.- Señor Inspector, le aseguro que en este maletín sólo hay herramientas y piezas de recambio.

INSPECTOR.- ¡Basta ya de cachondeo! O le detendré por encubridor. Agente, ¿ha abierto usted el maletín?

AGENTE 1.- No he querido hacerlo sin su permiso, señor. Pero, según intuyo, dentro hay unos tres kilos de cocaína pura. Ya conoce mi olfato de sabueso. Le caerán... alrededor de unos quince años.

SANDRA.- (Inquieta.) Abra el maletín.

INSPECTOR.- Con mucho gusto, señorita.

(El inspector se sienta en el sofá 1. Con una mano acerca la mesa hacia él; luego, pone encima el maletín abriéndolo y, dentro, aparecen bolsas llenas de polvos blancos.)

INSPECTOR.- ¿Ven? ¿asi qué herramientas y piezas de recambio, eh? ¿Les apetece probar un poquito? Les aseguro que ningún tipo de metal se parece en nada a esto. Agente, espóseles.

BOREO.- Un momento, un momento. Por favor, señor Inspector: Este maletín lo trajo el técnico que vino hace un rato para arreglar la televisión, y se lo olvidó.

INSPECTOR.- ¿Pretende que me crea esta ridícula historia? ¡Por Dios! Desde que estoy en el cuerpo, jamás había escuchado algo tan absurdo.

BOREO.- Le digo que lo dejó el técnico que vino a arreglarnos la televisión. Lo demás nada tiene que ver con nosotros.

INSPECTOR.- ¿Y dónde está la televisión de la qué me habla?

BOREO.- Nos dijo que la avería era importante y que tenía que llevársela al taller. (Saca una tarjeta de la cartera que lleva en el pantalón.) Mire, me dejó su tarjeta. (Le da la tarjeta al inspector, el cual la lee.) Llámele. El teléfono está ahí, en el vestíbulo. (Señala el vestíbulo.)

INSPECTOR.- ¿Sabe?, hay una cosa que me fastidia mucho y es que me tomen por tonto en mi trabajo. Sin embargo, por esta vez, voy a tragarme mi orgullo profesional. (Dirigiéndose al agente 1.) Agente, llame a la comisaría para que comprueben estos datos.

(El Inspector le da la tarjeta al agente 1, el cual llama por teléfono, pero, antes, deja cerrada la puerta del salón para que no se escuche nada de lo que diga.)

INSPECTOR.- Los tendremos inmediatamente. Nuestros ordenadores son unos biógrafos completísimos.

BOREO.- Tranquila, Sandra. Ya verás como todo se aclara.

INSPECTOR.- Está usted perdiendo el tiempo. Su cuñada no tiene escapatoria: Sabemos que es el enlace en España de una importante banda de narcotraficantes sudamericanos. El soplo de un ex-colega nos ha puesto al corriente de todo. Sabíamos su hora de llegada, pero hemos preferido detenerla aquí, por si otro "pez" caía en la red. Y, por lo que veo, otro ha caído.

SANDRA.- (Muy nerviosa.) ¡Eso es falso! Es totalmente falso. Esa gentuza quiere vengarse de mí.

INSPECTOR.- ¿Vengarse de usted? ¿Por qué señorita? (En estos momentos entra el agente 1 en el salón.) ¿Y bien, agente?

AGENTE 1.- El señor que figura en la tarjeta murió hace dos meses de un ataque al corazón. No tenía familia. Desde entonces, el taller permanece cerrado, sin que hasta el momento nadie se haya hecho cargo de él.

INSPECTOR.- Lo siento, pero tendrán que acompañarme a la comisaría, bajo la acusación de tráfico de drogas. Agente, espóseles.

(Sandra y Boreo no ofrecen resistencia y son esposados ante su mirada de estupor.)

SANDRA.- Se lo ruego, señor Inspector, escúcheme. Todo esto es una maniobra en contra mía de unos cobardes canallas. Estoy segura de que nos han intervenido el teléfono.

INSPECTOR.- Y yo estoy seguro de que, si un servidor no hubiese intervenido, esta porquería ya se estaría esnifando. ¡¡Venga, arreando, que es gerundio!!

(El agente 1 coge del brazo a Sandra y el 2, a Boreo. El inspector se marcha detrás de ellos.)

TELÓN

# FIN DEL PRIMER CUADRO

# Acto II Cuadro II

(Se levanta el telón, unos segundos en silencio. Aparece Susana entrando en el salón por la puerta 1.)

SUSANA.- ¡Hola cariño, ya estoy aquí! (Se para y deja sobre la mesa una carpeta. Se quita el abrigo y lo pone en el respaldo del sofá 2.) (Sin gritar) ¿Boreo, dónde estás? (Sale por la puerta 2. unos momentos después vuelve al salón. Mira el reloj) ¡Qué raro, a esta hora suele estar en casa! (Suena el timbre del portero automático) Sí, ¿quién es?(Silencio) Sí suba, yo soy quien se encarga. (al cabo de unos segundos, aparecen en escena Susana y una mujer

de treinta y tantos años.) ¡Siéntese! (Ambas se sientan en el sofá 1.)

MIRENA.- Antes de nada... me llamo Mirena.

SUSANA.- Ah , mucho gusto. (Estrechándose la mano) Yo soy Susana. Y bien... así que usted es la nueva limpiadora.

MIRENA.- En mi vida he fregado escalera alguna.

SUSANA.- Entonces, ¿qué es lo que quiere?

MIRENA.- Verá... he venido para hablarle de su hermana.

SUSANA.- (Mirando al suelo y luego a Mirena) ¿No le habrá ocurrido nada malo?

MIRENA.- No, si actuamos a tiempo.

SUSANA.- ¡Dios mío! Me lo imaginaba, seguro que ha contraído una enfermedad, a saber... qué virus le han transmitido. Cuénteme, ¿La ha visto usted? ¿Son amigas?

MIRENA.- Le seré sincera, empezando por el principio. Yo soy la primera persona que conoció en Sudamérica; pues la esperaba en el aeropuerto de Kimbalache.

SUSANA.- Ahora recuerdo, usted es Sor Mirena. El padre Roberto le habló de usted.

MIRENA.- Sí, y le enseño una fotografía, en la cual llevo puesto el hábito. La verdad, me siento incómoda con él. De lo contrario sería monja de clausura.

SUSANA.- ¡Qué vida de cautiverio!

MIRENA.- Semejante a la que vive su hermana, aunque mucho menos arriesgada.

SUSANA.- ¿Qué quiere decir con ello?

MIRENA.- Está encarcelada.

SUSANA.- (Se pone las manos en la cabeza) ¡Dios mío! ¿Cómo es posible?

MIRENA.- En Gualatenechu no teníamos agua, ella era quien con el camión cisterna iba a buscarla muy cerca de la frontera. Como sabrá, uno de los países vecinos está inmerso en una cruenta guerra civil. Unos guerrilleros la engatusaron con el pretexto de que muy cerca; justo al otro lado de la frontera necesitaban de su ayuda para evacuar a unos heridos. Subrepticiamente llenaron el depósito del camión con un gas letal. Fue capturada por soldados gubernamentales y acusada de pertenecer a los rebeldes.

SUSANA.- (Dando un puñetazo sobre la carpeta) ¡Malditos canallas!

(Suena el timbre de la puerta. Susana agacha la cabeza apesadumbrada) (Vuelve a sonar el timbre)

MIRENA.- Están llamando.

SUSANA.- ¡Ya voy! (Se levanta y se dirige hacia la puerta 1. Mientras, Mirena ojea una revista. Aparece en escena Laura portando un par de libros)

LAURA.- ¿Qué te pasa? Te veo muy seria.

SUSANA.- Será el invierno, Laura (Mirena deja la revista en el revistero) Te presento a Sor Mirena.

LAURA.- ¡Hola!

MIRENA.- ¡Hola! ¿Qué tal Laura?

SUSANA.- Conoce a Sandra

LAURA.- ¿Cuándo vuelve?

MIRENA.- Muy pronto.

LAURA.- Ya tengo ganas de conocerla. ¿Está Boreo?

SUSANA.- No. Habrá ido a por el pan. Siempre se le olvida.

LAURA.- Dale estos libros, Son suyos; se los olvidó en clase.

SUSANA.- (Coge los libros) ¡Ay! Estos filósofos están en órbita todo el día. A ti te excluyo, claro está. Pero Laura, se los podrías haber dado el lunes.

LAURA.- Tenemos examen. Los necesitará este fin de semana. Voy a casa a comer y después a la biblioteca a empollar. Un día de esos ya vendré a tomar café y charlaremos un rato.

SUSANA.- Cuando quieras Laura.

MIREIA - Ten cuidado con los mendigos que campean por este barrio. No te vayan a
acosar Laura.

LAURA.- NUNCA SE SABE QUIEN TE PUEDE AYUDAR A HACERTE SONREÍR,PORQUE QUIZÁS, ESE MENDIGO QUE VISTE ARAPIENTO PIDIENTO LIMOSNA EN UNA ESQUINA,POR LAS NOCHES TRABAJA EN EL CIRCO ,VESTIDO DE PAYASO.

¡¡ Adios Susana, adiós señora ¡¡¡¡

MIRENA.- ( Haciendo una media reverencia con la cabeza.) ¡Vaya usted con él!

SUSANA.- ¡Adiós Laura! Gracias por todo. ( Laura desaparece de escena. Susana deja los libros en la estantería. Luego se sienta donde estaba.) Es una chica muy servicial, una buena compañera.

MIRENA.- Hablando de compañerismo, siento el haber fingido ser la nueva limpiadora. Ha sido por razones de seguridad. Debía comprobar si quien buscaba era usted. Llegué anoche a España. Cuanta menos gente lo sepa, mucho mejor.

SUSANA.- Pero déjese de tantos misterios, por favor. Me tiene en ascuas.

MIRENA.- Su libertad, no depende de  cantidad alguna de dinero. Es algo mucho más complicado.

SUSANA.- (Algo nerviosa) ¡Pero dígalo ya!

MIRENA.- ¡Cálmese, no se ponga nerviosa! Tengo amistad con los curas. Comemos del mismo plato. El Padre que la visita vino a verme y me puso al corriente de todo. Verdaderamente confía en mí. Sé que le gusto, aunque tendrá que aguantarse.

SUSANA.- (Enfadada.) ¿Y yo, hasta cuándo me tengo que aguantar? (Desafiante) ¿Hasta que vuelva mi marido, y entonces, sea usted explícita?

MIRENA.- (Sin inmutarse.) Mantenga la calma. Es conveniente mantener en silencio lo que le voy a decir. Ni siquiera él, debe enterarse.

SUSANA.- (Acaloradamente) ¡Cómo siga así, me hará usted perder el juicio!

MIRENA.- ¡Tranquila! Tranquila! Su hermana está embarazada.

SUSANA.- ¿Embarazada?

MIRENA.- Sí. Como lo oye. Sólo que no es un embarazo normal.

SUSANA.- ¿Espera siameses?

MIRENA.- (Mueve la cabeza de un lado a otro negándolo) Sandra puede considerarse una persona afortunada. Los soldados gubernamentales cuando capturan algún enemigo lo cortan en pedacitos. Tuvo suerte de ser una de las pocas personas cuyo destino fue otro.

SUSANA.- ¿Qué han hecho con ella?

MIRENA.- Un experimento. La ciencia se nutre de antojos: a veces resultan provechosos, y otras desastrosos.

SUSANA.- ¡Explíquese mejor!

MIRENA.- Sandra no está en una cárcel convencional, se trata de un centro estatal fuertemente vigilado, en el cual trabajan eminentes científicos.

SUSANA.- ¡Dios mío, la han fecundado con semen de algún primate!

MIRENA.- No, con simiente humana artificial. Fabricada en uno de sus laboratorios.

SUSANA.-¡Eso es imposible!

MIRENA.- Lo fue hasta hace poco. Ya le he dicho que la ciencia es caprichosa. Ellos poseen la fórmula para su fabricación. La primera mujer con quien han experimentado ha sido Sandra. Hasta el momento los resultados son satisfactorios. Lleva casi tres meses de gestación y todo transcurre con normalidad.

SUSANA.- ¿Está usted loca, o acaso me ha tomado por una imbécil? Eso es algo kafkiano. Ni usted misma se lo cree.

MIRENA.- Su hermana quiere abortar, ya lo intentó hace unos días. Sería un gran triunfo para el gobierno que llegara a los nueve meses y diera a luz un hijo sano. Podrían comprar armamento sofisticado en el extranjero a cambio de sus conocimientos. Así aplastarían a los rebeldes. Debe usted acompañarme e intentar convencer a Sandra de la importancia de su maternidad. Si lo consigue se sentirá satisfecha. De lo contrario, dense por desaparecidas.

SUSANA.- Todo ello son fabulaciones producto de su perturbada mente. ¡Estoy desconcertada!

MIRENA.- (Saca un sobre de un bolsillo de su abrigo) Esto es una carta de Sandra en la cual me pide ayuda. Me la entregó el Padre Jonás en Gualatenechu. ¡Tome, léala! (Susana abre el sobre y lee para si misma)

SUSANA.- -Sí, es su letra; estoy segura.

MIRENA.- Debemos irnos. Los del servicio secreto nos aguardan aquí afuera. Viajaremos con uno de sus aviones.

SUSANA.- ¿Y si me niego?

MIRENA.- Ya se lo he dicho. Será como si se hubieran desintegrado. Comprendo su escepticismo. A cualquiera le pasaría lo mismo: de repente es como si interpretaras una película de cine fantástico.

SUSANA.- Tendría que avisar a Boreo, a mis padres, al jefe, pasar por el banco a sacar dinero...

MIRENA.- Obtendremos gratuitamente cuanto necesitemos, los gastos corren a cargo de esa gente. Cuando llegues allí, disfruta al máximo. Acepta las comodidades y privilegios que te ofrezcan. Pueden ser unas inolvidables vacaciones pagadas. Si sigues sus instrucciones recibirás una buena gratificación. Por nuestra propia seguridad, mejor salgamos de España con rapidez y discreción. Ya llamarás a quien sea cuando estés en Sudámerica.

SUSANA.- ¿Y si le dejo a Boreo una nota?

MIRENA.- Dile que has ido a comer por ahí con tus padres, así estará tranquilo. (Se levanta y se queda esperando a Susana en la puerta 1) (Susana coge un folio de la carpeta y un bolígrafo de su abrigo. Escribe una nota y la deja sobre la carpeta)

SUSANA.- ¡Ya está!

MIRENA.- ¡Vamonos! (Ambas desaparecen de escena)

TELON

# Fin del segundo cuadro.

# Acto II  Cuadro III

(Entra por la puerta 1 Mirena y el Padre Roberto)

MIRENA.- ¡Por fin tenemos el campo libre! ¡Ya estaba impaciente! Robertito, sírveme una copa. Me vendrá bien, después de tanta tensión.

P. ROBERTO.- (Acariciándole con mucho mimo la barbilla) ¿Qué quiere mi hada madrina?

MIRENA.- Anís, me encanta su buqué, su sabor...

P. ROBERTO.- La transparencia del licor...

MIRENA.- Sus efectos secundarios. (P. Roberto le da la copa de anís, se sienta junto a ella y deja su copa sobre la mesa)

P. ROBERTO.- En especial... cuando abusas.

MIRENA.- El abuso es irrefrenable cuando a alguien le gusta mucho algo. (Mirena se bebe el anís y deja la copa)

P. ROBERTO.- (Cogiéndole las manos y mirándola fijamente.) Yo he abusado de la confianza de Dios; por culpa de una irrefrenable pasión que siento por ti.

MIRENA.- (Con ternura.) Deja de arrepentirte, de martirizarte, olvídate de tu pasado. Se supone que estás muerto, que se fueron tus creencias terrenales contigo "al otro mundo." Disfruta plenamente de los placeres carnales. ¿Acaso no tienes tú el mismo derecho que otros hombres? ¿No tienes sus mismas necesidades? Ya has sufrido lo suficiente como para estar eximido de cualquier arrepentimiento. Demasiado vigorosos son los instintos de la naturaleza para ser controlados por mente racional alguna.

P. ROBERTO.- (Deja de cogerle las manos.) Es fácil para ti pronunciar estas palabras, tú solita te has envilecido, convirtiendo un atuendo honrado por los feligreses en disfraz carnavalesco. Suplantando a la Iglesia Católica; engañando a creyentes suyos al hacerte pasar por monja. Pero aun así te quiero. Tus ojos me revelan la existencia de Dios.

MIRENA.- Tú antes de conocerme sólo creías en la existencia de un salvador clavado en una cruz y representante del bien. Desde entonces conoces la verdad, cada persona tiene su Dios. Depende de uno mismo el que pueda manifestarse de una u otra forma. (El P. Roberto se bebe su copa.)

MIRENA.- Cuéntame, ¿por qué te hiciste cura?

P. ROBERTO.- De niño mi madre me advertía constantemente: Cuando estás pensando en lo que tienes que hacer, en el oído derecho te está hablando el ángel de la guarda y en el

izquierdo el demonio. Escucha siempre las palabras del lado derecho. (Mirena le interrumpe)

MIRENA.- ¡Vaya horterada! Muy propio del régimen político en el cual creciste.

P. ROBERTO.- Puede ser... En el colegio; en la fiesta de fin de curso comíamos bollos con chocolate fundido. (Mirena se ríe a carcajadas) ¡Será tonta! ¿También es una horterada?

MIRENA.- (Deja de reír) ¡Perdóname!

P. ROBERTO.- Te disculpo, perdonar me es ya imposible.

MIRENA.- Continúa, me parece interesante.

P. ROBERTO.- Quienes se negaban a confesarse, acudir a misa o aprender el catecismo se les negaba la posibilidad de saborear tan dulce desayuno, privilegio de unos pocos, por aquel entonces. Conforme crecí, me fui interesando por la historia sagrada, leí cuatro o cinco veces la Biblia, está tan bien escrita, encierra tanto misticismo. Ingresando en el seminario me convertía en cómplice de ella. Saliendo de él con la estola en el cuello escribía así mi propio capítulo; con una tinta posteriormente corrosiva para mi corazón, hasta la germinación de nuestro amor. (Se pone la mano derecha en el corazón. Coge la mano izquierda de Mirena la cual besa)

MIRENA.- (Acariciándole la frente) Tus palabras están impregnadas de una madura sensibilidad. Reconfórtate con ellas y deja ya de languidecer. ¡Por favor! (Cesa sus caricias)

P. ROBERTO.- (Se levanta y grita con euforia) ¡Está bien! ¡Saltemos de alegría!

MIRENA.- (Sin gritar) ¡Cállate! Acaso quieres que nos oiga el niñato ese de aquí arriba (Señala el techo. P. Roberto se sienta y le mira fijamente a los ojos)

P. ROBERTO.- Me he fijado en como te miraba Ridruejo.

MIRENA.- ¡Ay Robertito, estás celoso! Recuerda uno de tus refranes: "El amor y los celos, producen desvelos". (P. Roberto deja de mirarla fijamente y asiente con la cabeza)

MIRENA.- El amor y los celos, acaban tirándose de los pelos. Este es mío. Debería de haberle dado un plus. Es arriesgado hacerse pasar por inspector de policía, si lo llegan a descubrir... Él y sus colegas han hecho el trabajo a la perfección. Cuando Boreo, Sandra y Susana, despierten en aquel antro, sufrirán una amnesia total e irreversible. Jamás tendrán recuerdos de su pasado. Será como si hubieran nacido de nuevo.

P. ROBERTO.- Eres muy previsora.

MIRENA.- Me gusta planificar las cosas, estar a salvo de contratiempos. Tú tampoco lo haces mal, eres muy astuto.

P. ROBERTO.- Querida Mirena. ¿quién del clero se hubiera atrevido a mostrar a uno de sus miembros yaciendo en un ataúd, a consecuencia de una enfermedad venérea?

MIRENA.- Ve a buscar la maleta de Sandra; en su interior hay un trofeo por nuestra tenacidad. (P. Roberto se levanta y ante la atenta mirada de Mirena desaparece de escena por la puerta 2. Ella, coge el folio y lee en voz alta lo que ha escrito Susana) "Boreo, he ido con papá y mamá a comer a un restaurante. Por la noche te veo, mi galante REO." (Moviendo la cabeza de un lado a otro dobla el papel) ¡Vaya, vaya, con esa cursi! ¡Será pedante! Nos ha salido aprendiza de poetisa. Entreveo que eso de reo en mayúsculas, de ser una jugarreta tiene guisa. (Se guarda el folio en el abrigo) (P. Roberto irrumpe en escena con la maleta de viaje de Sandra)

P. ROBERTO.- ¡Aquí está!

MIRENA.- ¡Trae! (Se la coge, se sienta a su lado y la deja en el suelo. Mirena saca de su interior una caracola de color azul) La caracola azul, la auténtica. ¡Escucha! (La pone en el oído del P. Roberto.) ¿Oyes algo?

P. ROBERTO.- Sí, una voz de mujer. (Mirena le coge la caracola la cual se pone en su oído)

MIRENA.- Es fantástico, me parece un sueño. Llevaba años tras ella.

P. ROBERTO.- ¿Dónde la encontró, Sandra?

MIRENA.- Se la robó a un pescador de Lechibengud, ciudad portuaria cercana a Gualatenechu. Apareció atrapada en una de sus redes.

P. ROBERTO.- ¿Sabía el infortunado lo qué era en realidad?

MIRENA.- Es posible. Aunque por aquellos mares, aparecen gran cantidad de caracolas pintadas de azul; las cuales emiten habituales sonidos. Mucha gente, ni se toma la molestia de probar suerte. Pero Sandra lo hizo, y acertó.

P. ROBERTO.- ¡Déjame otra vez! (Le quita la caracola y se la pone al oído)

MIRENA.- Si el Gran Sacerdote de los Meolcas, pueblo sudamericano de hace seis mil años resucitase, vendría a buscarla. Según cuentan, su hija de diecinueve años, a quien un tiburón pretendía devorarla se salvó; al absorber esta caracola toda el agua del puerto, y perecer así el escuálido al secárseles las branquias.

P. ROBERTO.- Ya lo entiendo, es la voz de la joven pidiendo ayuda a su Dios. Habla nuestro idioma.

MIRENA.- (Le quita nuevamente la caracola y mira dentro de ella.) Quien tenga en su poder esta caracola, hablará y entenderá, todos los idiomas y dialectos de la tierra, es voluntad del Dios de los Meolcas.

P. ROBERTO.- Con vosotras, las mujeres, la naturaleza es generosa.

(Ambos se miran fijamente a los ojos)

MIRENA.- Será debido... a nuestra delicadeza.

P. ROBERTO.- (Coge la maleta de viaje, la abre, mira como fisgoneando y saca un pequeño transistor) ¿Ves esto?

MIRENA.- (Frunciendo el ceño) ¿Qué pasa con esto?

P. ROBERTO.- Este aparato de radio, tiene dos frecuencias, AM y FM.

MIRENA.- Pero bueno, ¿y tú desvarías o qué?

P. ROBERTO.- Te explico: Supongo que te refieres a una desigualdad con respecto a los hombres en cuanto a la fortaleza física, ya que en todo lo demás, estamos en clara desventaja.

MIRENA.- ¿Ah, si?

P. ROBERTO.- ( Mientras mueve el dial del aparato) Imaginemos que con este transistor puedo sintonizar con diez emisoras. (Mirena guarda la caracola en la maleta) Las escucho correlativamente durante unos minutos cada una, con la máxima atención. Apago el aparato, y voy comparando su programación; exclusivamente podré hacer diez valoraciones.

MIRENA.- ¡Pues claro! (Jocosamente) Sabes contar hasta diez... por lo menos.

P. ROBERTO.- (Con tono algo irascible) ¡Una más que yo escucharías tú! La que tenéis grabada en el cerebro, vosotras las mujeres, desde vuestra formación en el vientre materno. Ocultándola con el propósito de manejarnos a los hombres a vuestro antojo, cuando os conviene. ( P. Roberto guarda el transistor en la maleta)

MIRENA.- (Rotundamente) ¿Y ahora te das cuenta? Parece mentira, habiendo sido cura. (Ambos se miran a los ojos fijamente) Dios nos hizo complejas; en vez de simples. Sólo cuando la mujer llora amargamente, enseña toda su belleza y nada esconde, en su mente.

TELÓN

# FIN DE LA OBRA.

NOTA: Es preferible que el Padre Roberto aparezca en el primer acto llevando en su vestimenta alzacuellos .

# poemas de amor , recuerdos y esperanzas

(Poemas escritos entre ENERO de 1988 y DICIEMBRE de 1991)

# UNA NOCHE DE ENERO

Regalos llevaron los Reyes Magos,
al Mesías, recién nacido.
Cruzando desiertos y lagos.

Una estrella les había anunciado;
que iba a ocurrir lo ocurrido.

Fue en una noche de Enero:
cofres de incienso, mirra y oro,
dejaron al pie de su lecho.
Con gratitud y decoro;
pues su llegada era un hecho.

# EL FARO DEL ISLOTE

Sobre el acantilado se levanta.
Fuertes grupadas aguanta.
Siempre firme y dominante,
como un coloso gigante.
No hay tormenta que le asuste.

Bajo su cúpula de bronce,
entre un carrusel de lentes,
un haz de reflectante luz frunce,
dejando el mar fluorescente.

Conoce el nombre de memoria
de diez mil barcos y botes.
Por haberlas vivido desde su islote.
Nos puede contar historias
de enormes ballenas y cachalotes.

# EN LA DISTANCIA

Quizá, si cierras los ojos esté todo más cerca.

Tanto que con las manos toques las cosas parezca.

O quizá parece que puedes hablar con quien te apetezca.

Visitar de nuevo algún lugar, y que alguien te lo agradezca.

Quizá así, un don que elimine distancias, en ti crezca.

Si así es, que al abrir los ojos, nada de eso se desvanezca.

# SELLO DE AMOR

Las notas de una partitura,
se escuchan en la catedral.
Es el órgano que con soltura,
recita la marcha nupcial.

Mientras los invitados de par en par,
para que puedan los novios pasar,
les han abierto un pasillo,
que conduce al altar.

Allí les esperan dos anillos.
Para su amor hacerles jurar.
Que ante nada a de acabar,
y siempre a de perdurar.

Porque ni siquiera, el fenecimiento los podrá separar.

# PERDONA MIS FALLOS

Perdóname si he reprochado con rigidez,
algún fallo que hayas tenido.

Perdóname si alguna vez,
una palabra mía te ha ofendido.

Perdóname, si es que tal vez,
escucharte no he sabido.
Perdóname si con dejadez,
tus problemas he atendido.

Perdóname si un gesto soez,
yo pueda haber cometido,
y por culpa de mi altivez,
perdón antes no te haya pedido.

# REFLEXIÓN NAVIDEÑA

Si desde un rincón de tu casa,
contemplas como cae la lluvia
tras la ventana empañada.

Si la soledad de ti se adueña,
desempaña esta soledad.
Aléjate de la nostalgia,
aunque sea por un día.
Para que reluzca la felicidad.

Y así resalte la alegría.
Que hay algo que es verdad.
Es tiempo de sosiego y humildad;
pues ya está aquí la Navidad.

Que esta fecha tan singular
de nuevo sea tan familiar;
al revivirse de modo ejemplar,
la entrañable calidez del hogar.

# LA CONDICIÓN DE LA VIDA

La vejez es el estigma,
de la vida prolongada.
Ésta es la que nos confirma,
que aún no está acabada.

Al parecernos que es injusta;
es una señal que nos asusta.
Pero debemos tener en cuenta,
que nos paga una gran renta.

La de los años, haber visto pasar.
Forzoso camino, hacia la meta
a la cual, no todos pueden llegar.

Pues que su línea, puedas cruzar
no existe nadie, que te lo prometa.

# HUYE DE LA IRA

No quites de la granada su espoleta.
Para romper la oxidada cadena,
que fuerte tu libertad sujeta.

Líbrate de esa pesada condena.
Sin utilizar la lucha cruenta;
sino la paz como lema.

No dejes que la ira te consuma,
como a la madera la carcoma.
Pues la ira es la llama,
que violencia inflama.

Y ésta abre heridas con ganas
de las cuales nunca sanas.

A quien tu libertad oprima.
Dile que lo más sagrado profana.
Y sólo de verdad la suya ama,
quien no profana ninguna.

# CONSUÉLATE

Si tu paladar está amargo,
porque un familiar o amigo,
para siempre te ha dejado.
Si ya no podrá estar contigo,
porque su vida ha segado,
sin piedad vestido de verdugo,
el cruel destino despiadado.
Si en tu garganta un nudo
lentamente se ha formado,
que con dolor te va apretando,
y despacio el alma agrietando

Para que tus ánimos no se veten.
Para que su tullidez se desate,
deja que la angustia desemboque.
Aunque tus ojos se amoraten.

Deja que esa mano que se acerque,
sea el pañuelo que la seque,
y pueda un poco consolarte.

# TARDES DE CINE

Relatos de fenicios y vikingos,
en busca de territorios desconocidos.
Epopeyas de romanos y griegos,

por falsos dioses atraídos.

Romances entre zarinas y cosacos,
que por el Zar eran sorprendidos;
cuando se besaban por los nevados cerros,

Cuentos de alquimistas sultanes turcos,
que convertían en negros pajarracos,
a sus infieles esbirros.

Aventuras de detectives mujeriegos,
persiguiendo a criminales y cacos.
De burgueses personajes codiciosos,
que amenazados por bandidos escrupulosos,
dejaban de robar a los labriegos.

Las tardes de los domingos,
en el cine yo vivía sueños melodiosos.

# JUNTO A TU LADO

Quiero pasear contigo.
Ver como tu rostro suave y fino,
transforma desde la orilla del lago;
su turbio fondo en cristalino.

Quiero que cogidos de la mano,
nos perdamos por el camino.
El de los frondosos fresnos,
el de los umbríos pinos.

Quiero acariciar tu pelo,
bajo el cielo oscurecido,
y entre mis brazos abrigarlo,
hasta que haya amanecido.

Quiero que al llegar a nuestro viejo caserón,
nos sentemos en el salón
para escuchar con atención e inmarchitable ilusión,
como el palpitar del piano,
al conjugar una emotiva canción,
que diga tiernamente que te amo;
es testigo de nuestra unión.

# EL HURAÑO VAGABUNDO

Él también sueña en navegar,
con un velero de madera.
A una isla desierta llegar,
sigue siendo su quimera.

Está harto de los relojes.
De sus horas, minutos y segundos,
no quiere ser más el paje.

Quiere huir de calendarios,
donde se le dice sin ambages;
que van pasando días, meses y años.

No quiere ser víctima del pillaje,
con que actúan algunos políticos.
Aquéllos que disfrutan de exóticos viajes;
pagados por quienes sudan a golpe de pico.
Quiere sentir, que de libertad es el más rico,
evadiéndose a un desierto paraje.
Y que sea un fardo de libros,
su único equipaje.
En silencio, bajo la luz de los astros,
quisiera ser mudo espectador
del mayor de los teatros,
al que todos llamamos mundo.

Porque en su escenario él es actor;
que representa el papel de vagabundo.

# POR CULPA DE LA GUERRA

Se ha cumplido la amenaza:
Algunos quieren exterminar su propia raza.
En un campo de humo y ceniza,
un hombre su mujer abraza,
dentro de un charco de sangre.

Impotente llora, resignado sufre.
Derrama lágrimas, que saben a vinagre.

Los ahora quemados frutos,
que brotaron ayer de los sarmientos,
son los únicos alimentos
que encontrarán, sus hijos hambrientos.

Otros niños corren hacia un casal;
para esconderse de los aviones.
Que arrojan un arma letal;
llamada bomba de neutrones.
¡Pero..., son víctimas al final
de los malditos cañones!

Todo por culpa de quienes
"utilizan la cólera de plomo"
para imponer sus ideas y opiniones.

Se olvidan que aunque a ésas seámos ajenos,
Seguimos siendo sus hermanos.

# EN TU MIRADA

Veo en tu mirada como la fría invernada,
deja a la montaña disfrazada.
Como levanta el girasol su corola,
en la hermosa mañana soleada.
Como el magma de las olas,
que es su blanca espuma,
de la fina arena de las playas;
borra la huellas impregnadas.

Veo como en el mar se refleja la luna.
Contemplo desde lo alto de una duna,
la calmada noche de estrellas acompañada.

Así de interesante y sencilla,
es tu natural y penetrante mirada.

Tan natural, como el libar de las abejas
en las amapolas; o en las rosas rojas.
Veo en tu mirada, como vuelve el otoño,
como se cubren los bulevares de hojas.
Nuestras manos forman un sólo puño,
mientras escuchas mis lisonjas.
En casa volvemos a respirar como antaño,
el calor de los ardientes leños,
el olor del tostado fruto del castaño.

# EL SECRETO DE TUS OJOS

No sé que guardan tus ojos.
¿Qué ocultos dones poseen,
en sus iris fulgurosos
que a los míos conmueven?
Siempre que los veo me atraen,
es como si escapar no me dejen.
Parece que una tela de araña tejen,
en la que en seguida me envuelven.
Por ello gracias por dejármela asir.
Porque es lugar agradable,
en el que me encanta vivir;
ya que es mi catarsis imborrable.
Pues tus ojos claros como el ampo
esconden un misterioso secreto;
el de a los míos no poner veto,
por mucho que pase el tiempo.
Porque mi corazón está abierto,
como una rosa encarnada,
al haber descubierto
tan inmaculada mirada.
Que casi roza lo perfecto,
más aún al estar ribeteada;
de esa ternura siempre improvisada,
que me causa un especial efecto.

Por eso, mi corazón de ti es adepto,
él necesita de tu afecto.
¡Dáselo entusiasmada!
¡Dáselo de manera prolongada!

# LA NIÑA CIEGA

A la niña ciega no le dejan jugar,
como lo hacen sus amigas,
que en el parque están.

No se puede columpiar.
Ni tirarse por el tobogán.
Ni dar de comer a las hormigas,
algunas migajas de pan.

No le dejan demostrar:
como puede saltar a ciegas,
la comba sin con ella tropezar.

Al colegio quiere ir también.
Pide una oportunidad como las demás.
Para intentar aprobar con un bien.

Pues sabe que si se esmera,
encontrará la manera:
de aprender a leer y escribir,
multiplicar y dividir,
como otra niña cualquiera.

Pero pobre niña ciega,
ella nunca podrá saber:
de que color es la biznaga,
la noche o el amanecer;
o si la tarde estuvo aciaga,
y el sol no pudo resplandecer.
La luz de la luciérnaga,
tampoco podrá ver.

# CARTA A UNA NOVICIA

Me acuerdo, que en un rincón solitario,
Respaldados en la barandilla de un balcón,
aquél que vigila, cual guardián imaginario;
nuestro querido puerto de Mahón .
Te regalé un hermoso relicario.
En su interior, sobre tela de algodón,
bordado había un proverbio milenario
el cual decía con ponderación:
"Tu amor, al mío le es solidario;
porque nos amamos con pasión".
Pero...,este sentimiento, fue desvaneciéndose a diario.
Ya ves..., ¡tú fuiste cambiando de opinión!
Ahora , llevas bardado en tu escapulario.
De Jesús, su Sagrado Corazón.
¡Tú, qué te burlabas de los sectarios,
y desaprobabas cualquier religión!
¿Veneras a los Santos Nazario y Mario,
flanqueados por maceteros, con tulipanes y lirios;
los cuales cuidas con auténtica devoción?
¿A Jesús veneras, crucificado en redención,
y a sus pies, enciendes los cirios;
con una inusual exultación?
¿Arrodillada, ante el confesionario,
vas desglosando una canción?

¿Prefieres, el aroma de incensario,
al laurino de mi mansión?
Si a este misterioso cuestionario,
no me sabes dar explicación
quiero hacerte un comentario:
"¡Qué te marches del convento!
Te lo digo yo, y todo el vecindario.
¡Quítate el velo de blanco satén!

Todavía estás a tiempo
de enmendar una equivocación.
Mas, no me trates con desdén.
Porque tú, sabes que soy eterno presidiario
de tu amor, queridísima Asunción".

# RUEGO DE UN JOVEN ECOLOGISTA

Ciudadanos de todos los países:
habitantes de los cinco continentes.
No dejéis para vuestros descendientes,
un mundo que les haga infelices.
Proteged todas las especies de animales
en peligro de extingirse:
permitid que en Alaska y Suecia,
las focas su piel puedan mudar.

Permitid que en Nigeria y Rhodesia,
los gorilas puedan medrar.

En los ríos, lagos y el mar
químicos ingredientes,
no dejéis arrojar.
Ni permitáis el hacinar
en sus aguas transparentes
de otros residuos malolientes.

El aire, no dejéis más contaminar.

¡Vastos bosques, debeis sembrar!
Pensad que es de vital importancia,
el que se puedan respirar;
en un laberinto de fragancia.

# A UNA AMIGA DE GRANADA

Cuando se oye tu dulce voz tan femenina,
salen de tus finos labios,
palabras de luz que iluminan,
que endulzan cualquier resabio.

Algunos no comprenden, no adivinan
el que nada; nunca esperes a cambio.
¡Yo sí! Porque tú, eres como un hada madrina.

Con un corazón de ternura y comprensión sabio.
Y a través de tus ojos, brillantes como la purpurina,
a los demás les dices a diario:
Que tu sonrisa es genuina.
que nada en ti es imaginario.
Por ello, Granada debe sentirse orgullosa,
al ver que en su tierra que es un eterno jardín,
ha nacido de todas las flores, la más hermosa.
Pudiendo lucir vanidosa,
simpatía y belleza sin fin.
Amiga mía, si varita mágica tuvieras.
y concederme un deseo pudieras.
Quisiera volar contigo hasta Sierra Nevada.
Cuya deslumbrante blancura,
a tu tez puede ser comparada.

## TUS MATERNALES INSTINTOS

Bálsamos son tus maternales instintos,
cuyos eficacísimos efectos,
son admirados, por la mismísima luna.

La voz de tu dulce canto,
es la que actuó como sedante,
calmándole a tu hijo su llanto,
mientras lo mecías en la cuna
tras cubrirle, con la suave mantilla de pana.

Se tatuó en su mente,
el beso que le pusiste en la frente,
y la sintonía de una tierna nana,
armonía que flotaba en el ambiente.

Sobre un colchón de fina espuma
el bebé durmióse, en un sueño complaciente.

Porque sabía que era cierto,
pues ya lo había descubierto:
Que de su cuerpo eras alimento.
De su alegría, el mayor sustento.
De su vida, siempre alimento.

A todas las madres. Y en
especial, las que acaban de
serlo; o lo serán muy pronto.

JOSÉ LUIS TEIXIDOR SERRANO
AVDA/MENORCA Nº 90  1º C  -07703-  (MAHÓN)
Tel: 97135-10-21
MÓVIL 680928856